

REVISTA EUROPEA.

Núm. 120

11 DE JUNIO DE 1876.

AÑO III.

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

EFFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA, EN SU RELACION
CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFÍA Y
DE LA HISTORIA.

III.

En los primeros siglos de la Edad Media Noruegos y Daneses habían explorado los mares septentrionales de Europa: *Other* remontó la costa de la península Scandinava, aventurándose en el dédalo de islas que se extienden más allá del círculo polar Artico, y despues, hombres de su misma raza dirigieron atrevidas expediciones al Norte de las islas Británicas, fundaron colonias en las Shetland, Feroe é Islandia, y establecidos en este último país, vivian entre el viejo Continente y el Nuevo Mundo, entónces completamente desconocido de los pueblos de Europa. La Groenlandia sirvió como de puente para que los hijos de los primeros colonos islandeses pisaran los terrenos donde hoy se levantan las ciudades de Boston y Nueva-York.

La idea de tierras separadas de Europa por las turbulentas aguas del Océano, no es idea nueva y que pertenezca exclusivamente á los hombres del siglo XV. Las exploraciones de Fenicios y Cartagineses al otro lado de las columnas de Hércules nos indican la tendencia irresistible que desde las más antiguas edades conduce al género humano hácia Occidente. Cuando la antigua civilizacion se derumba para dar paso á la barbarie, los primeros pueblos que en la Edad Media heredan la mision de Fenicios y Cartagineses, son los Normandos: como ellos, marinos intrépidos, unos navegan al acaso en la ancha sábana de agua que se dilata al Oeste, y otros descienden al Sur buscando fértiles países donde acampar y dar fin á su vida aventurera. El Norte de Europa habia pasado de las tinieblas de la ignorancia al crepúsculo de la fábula; ahora los Normandos van á hacer brillar sobre aquella parte del globo los primeros rayos de luz de la verdad y de la historia. Llegará el siglo XV, y con él hechos que señalan inmenso adelanto en la inteligencia humana; pero hechos que no serán producto de generacion espontánea, sino de gérmenes fecundos sembrados aisladamente en los siglos anteriores.

Si tan felices descubrimientos immortalizan la época de Colon y Vasco de Gama, debido es á causas antiguas, como la naturalizacion del hombre y de la ciencia, los progresos de la náutica, el conocimiento de las tierras interiores y orientales de Asia, propagado por los monjes embajadores cerca de los Tártaros y extendido por los mercaderes que revolviéron el mar de las Indias para encontrar el codiciado país de las especias, y finalmente, los descubrimientos de los Normandos que, con más ó menos exactitud, eran ya conocidos por los geógrafos italianos en los últimos dias de la Edad Media.

Consideraciones son estas que justifican la necesidad de estudiar con algun detenimiento los hechos en virtud de los que adquirieron los Normandos importancia capital en la historia de la Geografía.

Nacidos en tierras pobres y estériles, al par que osados navegantes, entregáronse á merced de las olas, y hácia fines del siglo VII debieron desembarcar en Irlanda, pues por mucho tiempo se dió en aquella isla el nombre de *danair* ó danés al extranjero. Desde allí les fué ya fácil ocupar las islas Shetland y Hébridias que, de seguir la ruta del Norte en su viaje á Irlanda, parece natural que fueran visitadas ántes que aquella; pero lo cierto es que la historia pone la fecha de la ocupacion de dichas islas en la segunda mitad del siglo IX. Por la misma época, un buque scandinavo, impelido hácia el Norte por los vientos ó por la audacia de sus tripulantes, llegó al archipiélago Feroe, cuyas remotas islas preludiaban la existencia de otras tierras, y el pirata noruego *Nadod* confirma las suposiciones, siendo arrojado por la tempestad á las playas de Islandia.

Los primeros viajeros scandinavos señalaron á Islandia una extension muy aproximada á la que hoy le conceden los geógrafos: en siete dias, dijeron, puede darse la vuelta al país. Sin embargo, parece que no era la primera vez que hombres de Occidente abordaban en Islandia: los noruegos encontraron allí libros cristianos, campanas y otros objetos que no hacen aventurado el juicio de Letronne, para quien misioneros irlandeses expulsados de las islas Feroe, visitaron la Islandia hácia 795, apoyándose, sin duda, en la obra de Dicuil, donde se dice, y refiriéndose á la misma fecha, que monjes irlandeses habian pasado á Thule. De ser esto así, preciso seria afirmar que las Feroe fueron descubiertas por los Normandos ántes de la época asignada líneas más arriba, pues que Normandos

* Véanse los números 415 y 416, páginas 380 y 407.

eran los que arrojaron de aquellas islas á los misioneros, y que la llamada Thule por Dicuil es efectivamente la Islandia. Pero dejando de mano esta cuestion crítica, de suyo difícil por la falta de documentos y de escasa importancia para nuestro objeto y para la historia de la Geografía en general, diremos que de 875 á 878 una colonia conducida por *Leif* ó *Ingolf* fundó en Islandia el primer establecimiento normando, tierra hospitalaria entonces, porque, aunque rodeada de hielos, hallábase cubierta de bosques que hoy han desaparecido.

Prospera la colonia con nuevos emigrantes, y uno de ellos, *Gumbiorn*, piérdese en los escollos que llevan su nombre y ve la costa oriental de la gran isla ó península llamada Groenlandia. Cien años después, en 983, recibe una colonia de islandeses, y desde aquí, siguiendo la playa en direccion Sudoeste, no fué ya difícil que se llegara á América. El jefe de la colonia era el islandés *Erico Rauda* ó el Rojo, noble noruego desterrado por asesino. En el libro denominado *Espejo de los reyes* se dice que los primeros viajeros desembarcaron en la punta de Hvarf, y como allí abundaban los bosques y sotos de abedules, dieron al país el nombre de Groenlandia ó Tierra-verde. Al Norte, los hielos acumulados por efecto de las corrientes pusieron coto á la audacia de los más atrevidos piratas, y los establecimientos normandos quedaron limitados á las tierras que se extienden al Sud del cabo Desolacion, como lo atestiguan ruinas de aldeas é iglesias y otros vestigios de colonizacion scandinavica hasta el grado 76 de latitud, entre ellos una piedra rúnica con la fecha de 1135.

Causa admiracion la actividad de los marinos normandos, que en poco más de un siglo descubren, exploran y colonizan las islas Shetland, Hébridias, Feroe, Islandia y Groenlandia. Pero los colonos son hombres de poca cultura, la dureza del clima empobrece más su espíritu, y sólo cuando las misiones difunden entre ellos la luz del Evangelio, empieza Europa á adquirir noticias de los nuevos países que han conquistado aquellos normandos que tanto terror la inspiraban. Apesar de todo, las comunicaciones entre el Norte de Europa y Groenlandia eran escasas; más de dos años se empleaban en el viaje, y en 1383 la muerte del arzobispo de Groenlandia súpose á los seis años de fallecer el prelado. De aquí maravillas y prodigios que referir de aquel país: se decía que un pastor de la Scandinavia, acompañado de una cabra, pasó por encima de los hielos de Noruega á Groenlandia, poblada de gigantes monstruosos que se alimentaban de bellotas como manzanas y vivían entre sorprendente rocas de hielo. Ya en los primeros años del siglo XV se hacen más frecuentes las relaciones con Europa: los colonos groenlandeses rinden tributo á San Pedro, y los ma-

rinós del Mediodía se atreven á visitar la Islandia y allí completan sus conocimientos geográficos, vuelven á su patria, refieren ó escriben lo que han visto ú oído, detallan en un plano los perfiles de las nuevas tierras, y enlazando estos descubrimientos con los descubrimientos realizados en el Oriente de Asia, aventúranse peregrinas ideas sobre la existencia de remotas y desconocidas islas en los mares de Occidente.

Empero, isla ó península la Groenlandia, está aneja al continente Americano, del que la separa tan sólo un brazo de mar, el estrecho de Davis. En las proximidades del año 1000, *Leif*, hijo de *Erico Rauda*, marchó con *Biorm* en busca de unas tierras á donde éste había sido arrojado por la tempestad algunos años ántes. Avanzaron los expedicionarios en direccion Sur hasta el grado 41 ó 40, y desde aquí subieron costeadando las playas á que se refería Biorm; hicieron su primera escala en la isla de Nantuket, un grado al Sur de Boston, y pasaron después á Nueva-Escocia y Nueva-Findlandia ó Terranova. La Tierra del Labrador, tan inmediata á Groenlandia, fué de las últimas en descubrirse, lo que no debe causar extrañeza atendidos los escasos medios de navegacion de aquella pobre colonia. Es muy probable que visitaran tambien los países que riega el San Lorenzo, pues dicen sus historiadores que remontaron las aguas de un rio en cuyas márgenes no se veían más que bosques y matorrales, y donde en el dia más corto el sol permanecía ocho horas sobre el horizonte, prueba de que el rio se deslizaba bajo el paralelo 49 ó 50.

En las costas reconocidas por *Leif* era muy comun la vid silvestre, y de aquí que los Scandinavos denominaran al país *Vinlandia* ó Tierra del vino.

Diferentes viajes continuaron efectuándose, y ya en 1121 hay noticia de que un obispo groenlandés pasó á Vinlandia, con objeto de predicar á los colonos el cristianismo. Se sabe tambien que si en un principio se hicieron cruda guerra indígenas y normandos, en breve el mutuo interes obligó á unos y otros á presentarse en actitud más pacífica, y entró la colonia en relaciones de comercio con los naturales, *skrelingas* ó enanos, que le suministraban preciosas pieles.

En consecuencia, se puede afirmar que los marinos islandeses y groenlandeses conocieron la América cinco siglos ántes que Colon, hecho indudable, segun los testimonios de Erico el Rojo, Thorfinn Karlsefue y Snorre Turleson, y comprobado además por los monumentos ó piedras con inscripciones rúnicas, descubiertas en aquellas latitudes y pertenecientes á los siglos XI y XII.

La Islandia es un país célebre por sus cronistas é historiadores. Ya en los siglos mencionados eran muy populares en todas las costas del Norte los

Sagas ó cuentos históricos, admirable depósito de historia tradicional, donde se narran, mezclando la poesía y la historia, las primeras empresas y aventuras de los pueblos normandos en los países septentrionales. Tras los cantores épicos, sabios islandeses recorrieron las cortes scandinavas, donde hallaban datos y noticias de interes para completar sus estudios históricos y geográficos, á que eran en extremo aficionados, y redactaron las crónicas que hoy constituyen una de las principales fuentes de conocimiento en la historia de la Geografía. Y aquí observamos otra vez la íntima relacion que existe entre ambas ciencias. Los primitivos viajes y descubrimientos de los Normandos suministraron asunto á los poetas para cantar las glorias y excelencias de su raza, y á estos viajes se debe en gran parte el alto lugar que ocupa la Historia en las literaturas del Norte, porque allí los cronistas no tuvieron que limitarse á consignar únicamente las empresas de sus reyes; hallaron además multitud de hechos cumplidos por un pueblo que no vivía sujeto al terruño, por hombres de inquieto genio que cifraban su dicha en adquirir un barco que les diera el absoluto dominio de los mares. Se descubren apartadas tierras, y es preciso decir á la posteridad cuándo y cómo se descubrieron, quién hizo el descubrimiento y á qué pueblo pertenece el osado marino que arribó á sus playas: la Historia halla aquí un estímulo poderoso, y á la vez, los mismos hechos que eterniza infunden nuevos alientos á otras generaciones y mantienen vivos el entusiasmo que suscitan los viajes y la afición á los estudios geográficos.

Siendo, pues, indudable, por el testimonio de sus cronistas y demas razones expuestas, que los Normandos conocieron algunos territorios de América, aparece como exigencia inmediata averiguar si estos viajes llegaron á oídos del intrépido genovés y pudieron influir en la inquebrantable firmeza que mostró para llevar á cabo sus propósitos (1).

Base de toda consideracion que sobre este asunto se haga, será el estudio de las relaciones que desde el siglo XI al XV mantuvieron los pueblos del Mediodía. Que los colonos de Groenlandia no vivían apartados de toda comunicacion con su antigua patria, con Islandia, nos lo prueba el hecho de encontrar las principales fuentes para la historia de sus empresas marítimas en cronistas islandeses; que

la Islandia no permaneció olvidada de las naciones septentrionales de Europa ni estas de Islandia, lo confirman las misiones que aquella isla recibió de Europa y envió á Groenlandia, la crónica eclesiástica de Adam de Brema y otras anteriores al siglo XIV, donde se da noticia de viajes emprendidos á islas norte-occidentales, ora de noruegos ó scandinavos, animados aún por el espíritu de aventuras, ora de comerciantes que deseaban adquirir en tan lejanas tierras pieles y otros productos naturales: sirva de ejemplo el viaje atribuido á *Madoc-ap-Omen* en 1170.

En 1347 zarpó de Groenlandia un buque para Markland ó Nueva-Escocia, en busca de maderas de construccion, y al regresar, los vientos le arrojaron á la costa occidental de Islandia: esta es la última noticia que hay tocante á las relaciones de islandeses y groenlandeses con América; pero las comunicaciones de Islandia con Europa, aunque escasas, nunca se interrumpen, y así en 1383 pudo saberse la muerte de su prelado. Adam de Brema, en su ya citada crónica, describe un país, que parece ser el conocido con el nombre de Vinlandia, segun noticias que le comunicaron Swen Estridson, rey de Dinamarca, y sabios cronistas daneses; luego había ya en el viejo continente idea más ó ménos exacta de aquellos descubrimientos. Y si alguna duda puede caber en este punto, la disiparán las cartas y documentos de los hermanos Zeni, nobles de Venecia.

Nicolás Zeno equipó un navío en 1380, y doblando el estrecho de Gibraltar, tomó rumbo hácia el Norte; la tempestad le condujo más allá de Inglaterra, encontrando refugio en las islas Feroe ó en las Shetland, cuyo rey le encomendó la direccion de sus escuádras. El disponer de una flota numerosa hace verosímil la creencia de que Zeno, no solamente recogiera noticias y descripciones de los países descubiertos al Norte y al Oeste, sino que también los visitara, contribuyendo así á aclarar y completar las tradiciones noruegas, cuya nocion tan confusamente había llegado hasta Europa. Desde este momento las tierras visitadas por los isleños del Norte entran en los dominios de la Geografía; porque *Nicolás Zeno* no sólo dirige á su hermano interesantísimas cartas relatando sus viajes, sino que además traza un mapa de los mares del Norte y colonias normandas. Al Sur y hácia el Este se dibuja la Escocia; más al Sudeste, Dania ó Dinamarca, y al Oriente la Gotia ó Suecia; al Oeste de Noruega hay una isla grande, rodeada de otras pequeñas, formando un archipiélago que lleva el nombre de Estlandia y debe ser el grupo de las islas Shetland, y más al Occidente la Islandia. Entre los 61° y 65° de latitud al Sur de Islandia y Noroeste de Escocia, se ve la tierra denominada Frislandia, que el príncipe pirata Zieno arrebató al rey de No-

(1) *Antiquitates americanæ, sive scriptores septentrionales rerum ante-Columbianarum in America*: libro publicado por la Sociedad de anticuarios del Norte, establecida en Copenhague. Contiene antiguos documentos, en que se hace mencion de Vinlandia; interesantes noticias referentes á América, entresacadas de los Anales de Islandia; compendios de algunos libros geográficos islandeses, y curiosos datos sobre el viaje del obispo Erik en 1121, y otros de que hacemos mencion en el texto, como el de los colonos de Groenlandia, en 1347, al país de Markland.

ruega; mas como en los parajes que señala *Zeno* no existe hoy ninguna isla, háse abierto ancho campo á la discusion y á las hipótesis: para unos es América, para otros las islas Feroe, no faltando quien suponga la desaparicion de Frislandia en las aguas, siendo un resto de la catástrofe la isleta de Bus ó Bry al Sud de Islandia. Más al Septentrion se observa una gran península enlazada con el Norte de Noruega por una línea vaga, donde se lee: *mare é terra incognite*; es la Groenlandia donde, según *Zeno*, había una iglesia y un monasterio de frailes junto á un volcan y manantial de agua caliente ó geyser, siendo por esta causa aquellos territorios más accesibles á la vida humana. Añade que en primavera y en estío, es decir, en la época del deshielo, cruzan los mares embarcaciones de Islandia, Suecia y Noruega, que les llevan la leña de sus bosques; otro dato que pudiéramos aducir como prueba de las relaciones existentes durante la Edad Media entre el Norte de Europa y los Normandos de Groenlandia y América.

Citanse además en el mapa y cartas de *Zeno* dos costas denominadas Estotilandia y Droceo, á mil millas al Oeste de Frislandia, y al Sur de Groenlandia. Cuenta que unos pescadores frislandeses naufragaron próximos á las playas de Estotilandia, donde permanecieron bastantes años y llegaron á hablar el idioma del país, cuyos naturales, un tanto civilizados, comerciaban con Engroenlandia en azúfre, pieles y pez, y poseían en su real biblioteca libros latinos. Suponen los geógrafos que la Estotilandia es la isla de Terranova, poblada por los colonos escandinavos de Vinlandia y Groenlandia, que en tres siglos habían alterado su lenguaje hasta el punto de hacerse ininteligible á los hombres de su raza; los libros latinos serian tal vez llevados por el obispo que en 1121 pasó á Vinlandia á predicar el Evangelio. Confirman estas suposiciones la palabra Estotilandia, palabra escandinava, que vale tanto como *tierra exterior del Este*. El soberano de Estotilandia confió á los naufragos la mision de explorar los mares que se extendian al Sur de sus dominios, y al cumplirla llegaron los frislandeses á la isla de Drogeo, cuyos habitantes, antropófagos, los devoran, ménos á uno que por ser diestro pescador lo retienen como esclavo. Despues de largo cautiverio, pudo huir á su patria, y allí refirió que la tierra donde había sufrido esclavitud era muy dilatada, y parecia *un nuevo mundo*, y que si los indígenas de la costa se señalaban por sus bárbaras costumbres, hácia el Sudoeste halló pueblos más cultos que tenían ciudades y templos. Sabido esto por el príncipe reinante, dirigió una expedicion á aquellos lugares, la que, despues de descubrir una isla llamada Icaria, tuvo que buscar refugio en las costas de Groenlandia, obligada por las tempestades.

Drogeo parece ser la Nueva Escocia, y Malte Brun cree que los pueblos civilizados que vivían en ciudades y oraban en templos son pueblos de la Florida, Luisiana ó Méjico, en cuyo caso el frislandés debió recorrer por el interior toda la costa oriental y meridional de la América del Norte.

En los Sagas escandinavos se vislumbran huellas de otra expedicion á América verificada por los Irlandeses ántes del año 1000. Los Normandos establecidos en Vinlandia oyeron de los Skrelingas que hácia el Sur, y más allá de la Bahía de Chesapeake, vivían hombres de piel blanca que caminaban llevando delante de sí especie de banderas y hablando en alta voz, y los colonos les creyeron pueblos cristianos que iban en procesion con estandartes y entonando himnos religiosos. Karlsefue llama País de los hombres blancos á las costas situadas entre la Virginia y la Florida y, según referencias de la segunda mitad del siglo XI, el islandés Ari Marson fué arrojado por la tempestad en 982 á la costa donde vivían los misteriosos hombres blancos. De aquí suponer que pueblos convertidos ya al Evangelio visitaron y poblaron la América años ántes del descubrimiento de Leif.

Pero todo esto no son más que vagos indicios que han ido entresacándose de antiguos monumentos de carácter poético, y adonde tal vez acudieran los cronistas islandeses para dar más amenidad á sus narraciones históricas; así es que, prescindiendo del hecho que, aun caso de allegar todas las condiciones de certeza, tendría escasísimo interes, volvamos á nuestro principal objeto, resumido en estas palabras: Importancia de los viajes y descubrimientos de los Normandos y su influencia en los progresos realizado por la Geografía en los últimos años del siglo XV.

Las regiones septentrionales de Europa eran de antiguo poderoso iman que atraía á los hombres avezados á los peligros del mar. Naves de Fenicia, de Cartago y de Marsella surcaron las olas que rompen en las playas de Inglaterra, Suecia y Dinamarca; pero el hombre vive sujeto á las influencias de la Naturaleza, el lugar en que nace crea en él propias condiciones de vida, y los países del Norte ofrecían ténaz resistencia á los marinos del Mediterráneo. Para acaudalar la Geografía con la descripción y conocimiento de las comarcas situadas más allá del paralelo 60, fué preciso que apareciera en la historia un nuevo pueblo de costumbres marítimas, de carácter osado y desenvuelto en un clima análogo al de las latitudes que iban á ser teatro de sus viajes y audaces correrías. Cumplen esta mision los Normandos. Unos toman rumbo hácia el Sur y van á asombrar á los hijos de los bárbaros con la barbarie de sus padres, y otros se dirigen al Oeste, descubren islas, penínsulas y continentes, y

sólo se detienen cuando de Norte á Sur se levanta la tierra como valladar opuesto á su audacia sin límites. Las islas Feroe, Shetlandia é Islandia, las costas occidentales de Groenlandia, la península de Nueva-Escocia y los países que hoy forman los florecientes Estados de Massachusetts, Rhode-island y Connecticut, puéblanse con numerosas colonias de la raza escandinava, y créase una cultura que, aunque muy inferior á la de los Arabes, contribuye poderosamente á revelar y rectificar la geografía del Noroeste de Europa. Islandia vino á ser el centro de aquella civilización, y las empresas de sus príncipes noruegos son transmitidas á la posteridad por cronistas cuyas narraciones prueban evidentemente que jamás se rompieron los lazos que la unían á la que pudiéramos llamar metrópoli, á la vez que ella lo era de las colonias establecidas en Groenlandia y América.

Siendo tan escasos los documentos de aquella época, tampoco podían ser abundantes los datos que hemos aducido como prueba de las relaciones mantenidas entre Islandeses, Groenlandeses y colonos de América; pero la situación geográfica de las tierras que nos ocupan y el carácter y costumbres de los hombres que fueron á poblarlas, piratas unos, pescadores otros, dan, á nuestro juicio, suficiente motivo para afirmar que se repitieron, con más frecuencia de lo que puede inferirse de tales noticias aisladas, los viajes entre unas y otras islas, y de aquí que al iniciarse la Edad de oro en la Geografía, y al extenderse por Europa maravillosos relatos de las tierras septentrionales, marinos y geógrafos del Mediodía encontraran en Islandia elementos de gran valor en la esfera de los conocimientos geográficos.

Así pudo *Nicolás Zeno* trazar su interesante carta, y el marino genovés recibir la primera impresión que, andando los tiempos, hizo madurar en su espíritu la idea de buscar tierras orientales en los mares de Occidente. En las *Cinco zonas habitables de la tierra*, dice Cristóbal Colon que en Febrero de 1477 visitó la Islandia, y aunque nada más añade sobre este punto, sería verdaderamente extraño que un hombre como Colon permaneciera indiferente en aquellos lugares que había ya descrito su compatriota Zeno. Lo más probable es que Colon oyera hablar de tierras situadas al Oeste, conceptuadas como islas por los naturales de Islandia, que tal vez tuviera noticia del extenso viaje del pescador frislandés hácia las regiones meridionales, contribuyendo todo ello á afianzar en su ánimo las teorías científicas que habían de producir el total descubrimiento de América.

Humboldt opina que Colon no adquirió en Islandia el menor vestigio de América, fundándose en que si hubiera querido buscar ese país no hubiera mar-

chado en su primer viaje en dirección Sudoeste. Tal argumento sólo prueba que Colon no aspiraba á visitar de nuevo las tierras descubiertas por los Normandos y, en efecto, sabido es que al fin del siglo XV el único pensamiento que preocupaba á los marinos y á los pueblos mercantiles era facilitar las comunicaciones con Asia y llegar al Oriente por los caminos de Occidente. A esto aspiraba Colon, y hé ahí por qué tomó la dirección Sudoeste; las tierras ocupadas por los Normandos tal vez parecieran al sabio genovés los últimos límites septentrionales de aquellas otras de que se hacían lenguas Marco Polo y los demás viajeros del Oriente; tal vez alentaran sus propósitos, porque cuando en latitudes tan elevadas veía el navegante tierras donde reposar de las fatigas de un largo viaje, ¿no era lógico que se diera idéntico fenómeno en las zonas templadas, clima donde la Naturaleza se muestra más pródiga en creaciones vivientes y que necesitan de un medio, de un suelo donde explayar su actividad y su vida?

Dicho se está que tampoco nos avenimos con las conclusiones de Vivien Saint Martin, cuando dice que la América para los Normandos fué una tierra, una isla más vista por ellos; que no supieron la extensión de lo descubierto, y la noticia que dió la casualidad se perdió como había venido, *sin dejar rastro*, contradiciéndose á renglón seguido, pues añade que *si Colon conocía estas tradiciones*, ninguna relación tuvieron con los cálculos cosmográficos que fueron el punto de partida de su empresa; luego si, como pone en duda, logró conocer dichas tradiciones, algún rastro dejarían, y los rastros en materia de descubrimientos tienen más importancia de lo que á primera vista parece.

Muy cierto es que el descubrimiento de América por los Normandos no tuvo, ni con mucho, la importancia que el descubrimiento de Colon, ya por la escasa cultura de los pueblos que lo llevaron á cabo, ya también por la naturaleza especial de los lugares á que se limitaron sus exploraciones, que ofrecían poco aliciente al colono y al navegante; muy posible es también que no llegara á los pueblos civilizados de la Europa meridional ninguna noticia clara y concreta de aquellas recientes colonias, como en absoluto afirma Humboldt; pero la historia testifica que los hombres del Mediodía fueron al Norte á buscar lo que hasta ellos no llegaba, y después de los hechos expuestos sería ceguera desconocer que la Europa septentrional y los viajeros italianos del siglo XV tuvieron noticia más ó menos exacta de los descubrimientos de islandeses y groenlandeses. Navegó Colon en los mares del Norte, y fuera incomprensible que un hombre que maduraba en su pensamiento la idea de buscar la India hácia el Oeste, despreciase ni aún los rumo-

res más vagos sobre aquellos confines de la tierra.

Que el descubrimiento de América por los Normandos no fué un verdadero descubrimiento, como dice Vivien Saint Martin: ¡hé aquí el poder inmenso de la gloria y de la fortuna! Los grandes hombres eclipsan siempre á los más pequeños, y por levantar á Colon y concederle el primer puesto en la conquista del mundo, se rebaja el mérito de los osados marinos del Norte. No; Colon dió al antiguo continente un continente nuevo, y para pregonar muy alto la gloria del inmortal genovés, no es preciso olvidar á los Normandos, ni obstinarse en disminuir la importancia de sus empresas marítimas. Lo cierto es que en el siglo XI plantas europeas hollaron el suelo americano y una nueva raza fundó en él establecimientos y colonias que comerciaban activamente con sus hermanos de Groenlandia; pronto el conocimiento de las nuevas tierras cundió entre los islandeses, y sus cronistas tuvieron á gala narrar los viájes de sus compatriotas y cantar las excelencias de los países descubiertos y colonizados; y en los albores del siglo XV un italiano prestará á la fortuna y audacia de los hombres del Norte la ciencia que les falta, se dibujará un mapa de aquellas regiones, y al Oeste se verán trazos de líneas que señalan en las soledades del Océano los lugares donde viven los descendientes de *Biorm* y de *Leif*.

Si la noción de América no logró generalizarse en los grandes Estados europeos, culpa fué, no de los Normandos, sino del aislamiento en que vivieron durante la Edad Media los pueblos del Norte y los pueblos del Mediodía. No se conoce todo el continente Americano ni lo conocen todos los hombres, pero Europa ha puesto el pié en América, é Islandia sabe que existen colonias fundadas por gentes de su raza en aquellos territorios; la noticia llega á las monarquías scandinavas y al Norte de Alemania, y tres siglos despues del descubrimiento, *Nicolás Zeno* perfila en su mapa las costas de Vinlandia, trabajo imperfecto para dar á conocer aquella exigua parte del Nuevo-Mundo, pero lo suficiente para mostrar que ha comenzado ya el prólogo del drama *Descubrimiento de América*.

IV.

Al caer el Imperio Romano, la Geografía siguió la suerte de la civilización antigua. Los pueblos que lograron establecerse en las ruinas del caduco Imperio de Occidente eran pueblos oscuros que traían una cultura muy inferior á la de los vencidos, y las continuas guerras é invasiones de aquellos primeros siglos imposibilitaron que las nuevas razas, orgullosas con el timbre de conquistadoras, se apropiaran los conocimientos adquiridos por la Antigüedad clásica. Todo desapareció por el momento; las re-

giones de Asia y de Africa que Griegos y Romanos habían descrito, quedaron olvidadas; no hay que hablar de otras que los latinos conocieron imperfectamente, y á falta de nociones geográficas, la fantasía, excitada por la superstición, creó multitud de países y pueblos imaginarios.

Algo se debe en esta época á los Griegos del Bajo Imperio; pero nuestro objetivo es ahora el Occidente, y aquí sabemos que los Scandinavos y los apóstoles del Cristianismo son los que abren serie de exploraciones de cierto interés topográfico é histórico. *Wulfstan* y *Other*, *San Bonifacio*, *Arculofo* y *San Villibaldo* dieron el primer impulso; comenzó á viajarse por mar y por tierra; se describieron regiones del Norte y Oriente de Europa, y á la vez que aparecían itinerarios, relaciones de viajes y otros escritos de carácter geográfico, la ciencia antigua se enlazaba con los nuevos descubrimientos por medio de la Iglesia, que conserva aquella y la difunde, auxiliando á los Arabes, entre los pueblos que van á constituir la sociedad moderna. Los Arabes llegan á los últimos extremos de Asia, al Ecuador en Africa, al Atlántico en Europa, y dominando en tres continentes, aproximan países y pueblos que jamás se conocieron. Y en tanto que los misioneros cristianos predicán y convierten, y los musulmanes declaran al mundo su guerra santa, los Normandos, los Argonautas del Norte, desafían con audacia las tempestades del Océano, sobrepujan á todos los marinos de la Antigüedad, y despreciando peligros, desembarcan en las costas del continente Americano.

Así es que nueve siglos despues de Jesucristo, si bien es cierto que la Geografía vive aún en el período de su infancia, también lo es que se despierta notable afición á los estudios geográficos é históricos, gracias á estos primitivos viajes, sobre todo entre los Arabes y Scandinavos: se recorre la tierra desde las costas orientales de Asia hasta la Noruega, desde la Etiopía hasta la Tartaria; se explora el interior de los países; se estudia el carácter, religión y costumbres de pueblos que vienen á la vida común de la especie humana, y el comercio terrestre y marítimo adquiere prodigioso vuelo, porque las caravanas atraviesan los desiertos, y los buques se entregan á merced de las olas, que suelen llevarlos á remotas playas; en suma, se pierde el temor, nace el deseo, se aviva la curiosidad, y las mismas maravillas y prodigios que se refieren de otros países y otros hombres inducen al marino, al comerciante, al misionero, al político á visitar las apartadas regiones que tales portentos ofrecen.

Sin embargo, la cultura cristiana en general es muy pobre en los siglos que preceden á las Cruzadas. Los primeros progresos alcanzados por la Geografía en virtud de las misiones al Norte de la Ger-

mania, y las peregrinaciones á Jerusalem, dieron origen á alguna que otra obra de importancia histórica, como la del monge irlandés Dicuil, siglo IX, que contiene varias noticias referentes al Nilo é islas de Escocia, y descubrimientos de la Islandia é islas Feroe, y la de Alfredo el Grande, que ya conocemos; pero esto era una excepcion dentro de la regla comun, eran muy pocos los llamados á participar del botin; en breves palabras, la escasa ciencia que habia en la sociedad occidental era ciencia monástica y cortesana. No así los Arabes que, ayudados de los Judios, crearon una brillante cultura en los primeros periodos de la Edad Media, porque los Arabes no vivian separados de la Naturaleza como los cristianos perdidos en estéril misticismo y bárbara ignorancia. Además, su profeta santificó el comercio, y la profesion de mercader valia entre ellos tanto como el más preciado título de nobleza entre las razas germanas. Se comprende, pues, que la Geografía en el hecho y en la ciencia se acaudalara con nuevas conquistas y obras de no escaso mérito durante el breve, pero vivo esplendor de la civilizacion arábica. Pero en este punto los Judios no siguieron á los Arabes, ni podian hacerlo por carecer de nacionalidad: un pueblo que ha perdido su libertad y su independencia podrá crear filósofos, poetas, naturalistas, comerciantes, pero ni directa ni indirectamente puede contribuir á engrandecer los dominios del hombre en la tierra descubriendo remotos países; la guerra y la propaganda religiosa, móviles poderosos en la Edad Media para este orden de acontecimientos, son imposibles en la raza hebrea, esclavizada y perseguida en todas partes: su comercio va inficionado de ruindad y avaricia, y vive sometido siempre al de otro pueblo, Arabes ó Bizantinos, Venecianos ó Genoveses. Un Judio, *Benjamín de Tudela*, de gran autoridad hasta el siglo XVI, describió en 1160 el Sur de Europa, Grecia, Palestina, Egipto, Etiopía, Mesopotamia ó India; pero su obra no nos dice de un modo positivo que hubiera llegado él mismo á todos los países que cita y describe, y respecto de los no europeos, puede desde luego asegurarse que habla de oídas, pues frecuentemente se refiere al testimonio de otros viajeros (1). Sin embargo, no es de despreciar la obra del español *Benjamín de Tudela*, porque nos muestra cómo los conocimientos adquiridos por los

(1) Caso de haber visitado todos los países que cita, hé aquí el itinerario de su viaje: Barcelona, Marsella, Génova, Luca, Roma, Nápoles, Otranto, Zeitun (Valaquia), Constantinopla, islas del Archipiélago, Trípoli, Tiro, Jerusalem, Damasco, Balbek, Mossul, Nínive, Bagdad, Borsora, Amaria, Amadan, Ispahan, Samarcanda, falda del Thibet, Chuzestan (en las riberas del Tigris), mar de Oman, Quilon (costa de Malabar), Ceilan, China, mar Rojo, Abisinia, El Cairo, Gizeh, Alejandría, Damietta, Mesina, Roma, Luca y Paris. Describe con gran copia de datos los lugares donde moran gentes de su raza; es árido en sus relaciones y, según Baratier, abunda en errores geográficos.

Arabes en el Oriente y Africa van tomando carta de naturaleza en Europa, y cómo se prepara el terreno para que den óptimos frutos en el campo de las ciencias geográfico-históricas los viajes de osados mercaderes ó navegantes italianos y portugueses. ¿Y en virtud de qué causas los pueblos de Occidente se apropiaron los conocimientos adquiridos por los Arabes?

Terminaba el siglo XI, cuando un Concilio y un hombre, el Concilio de Clermont y Pedro el Ermitaño, haciéndose intérpretes del sentimiento general y de las creencias populares, iniciaron la empresa memorable y heroica que lleva en la historia el nombre de *Cruzadas*. El mundo cristiano se dirigió al Asia, pronto á recabar de los sectarios de Mahoma el sepulcro del divino Jesus y los lugares en que padeció y murió por el hombre; y esta inmensa agitacion de pueblos, esta sangrienta lucha entre dos religiones y dos razas, reobra en beneficio de la cultura humana y del progreso intelectual, moral y político de la sociedad europea. Las rudas y groseras costumbres de los pueblos europeos suavizanse en su contacto con la civilizacion arábica, se conocen nuevos productos de la industria ó de la naturaleza, y de aquí necesidades que es preciso satisfacer abriendo amplias relaciones de comercio con los orientales. Los pueblos del Mediterráneo, principalmente los Griegos y las Repúblicas italianas, mantienen activo comercio con el Asia menor, y de este modo Venecia, Génova y Pisa, á la par que se alzan con el poderío marítimo en el Mediodía de Europa, contribuyen á difundir por Italia la ciencia de los Arabes, y particularmente el conocimiento de las tierras que habían descubierto ó visitado y descrito en las obras ya citadas. Teatro además el continente Asiático de grandes revoluciones que trajeron á la escena pueblos hasta aquella época desconocidos, se creó la necesidad de entablar relaciones con las tribus de Tartaria y con la China, dando así nuevos alientos á ese espíritu romántico y ávido de emociones y peligros, propio de la Edad, que engendraba vivo deseo de emprender largos viajes y atrevidas exploraciones, prediciendo y preparando en los siglos XIV y XV los descubrimientos de América y de la ruta á las Indias por el cabo de las Tormentas.

Al derrumbarse el Califato, diferentes pueblos y sectas religiosas se van sucediendo, y levantan sobre sus ruinas imperios más ó menos poderosos. Los Aglabitas se extienden por Africa y Sicilia; Zeiri funda su reino al Occidente de Africa; los Fatimitas se hacen dueños de Egipto; al mediar el siglo XI los Almoravides edifican la ciudad de Marruecos y se enseñorean de la España musulmana, y tras ellos Almohades y Benimerines continúan tremolando en Africa y en España los estandartes del Profeta. A la

vez, pueblos nómadas y medio salvajes recogían los girones del Imperio de Bagdad y de Damasco en Asia, y los Turcomanos avanzaban hasta lo que hoy se llama Turquía europea; en 1037 Togrul Bez conquista el Korassan y el Asia menor, y á los Gaznevitas y Seldjucidas sucederá en 1308 el poder Otomano. Pero nuevos Hunnos cayeron sobre aquellos Bárbaros del Oriente: los pueblos que moraban en las vertientes del Altai oriental, los Mongoles, levantaron un día sus tiendas, y á la voz de Temudgin, que toma el título de Tchinghiz-khan ó Gran Khan de los Khanes, abandonan sus desiertos, caen sobre el Sur y avasallan á los Turcos orientales; atraviesan el Gran Desierto de Cobi, toman por asalto á Pekin y se derraman por el Norte de la China; invaden la Bukaria, y dueños del Kharizim y el Korassan, llegan á las costas del mar Negro. Ogodai, sucesor de Gengis-Khan, conquista la Siria, Asia menor, Georgia, Armenia, y no satisfecho con formar, cual nuevo Alejandro, un solo imperio de Asia, conduce sus hordas á Rusia, Polonia, Silesia y avanza hasta Hungría.

Los Cruzados y los Mongoles tropezaron en Siria con un mismo enemigo, los Musulmanes, y los que ántes exclamaban en sus rezos *a furore Tartarorum, libera nos, Domine*, envían ahora misiones y embajadas á los señores de Asia y se les cree medio cristianos, enlazando la existencia de los pueblos Mongoles con la tradición del Imperio del Preste Juan en el Asia Oriental. Una espantosa revolución ha mostrado á Europa tierras y pueblos que desconocía, y es necesario averiguar quiénes son y de dónde vienen esos Bárbaros y convertirlos al Cristianismo, si son paganos. Además, Cristianos y Mongoles tenían un mismo pensamiento, debilitar á todo trance el poderío musulmán, y esta comunidad de interés abrió fácil camino á los enviados del Pontífice y á los embajadores de los príncipes cristianos cerca de los khanes tártaros, jefes de tribu, entre quienes se hubo de repartir el dilatado imperio de Ogodai. De la Persia se hizo un principado casi independiente, un nuevo reino que lindaba con los estados del Sultan de Egipto, y de aquí excisiones entre Musulmanes y Tártaros que los cristianos fomentaban porque así convenía á sus intereses y propósitos. Pero el Imperio mongol continuaba fraccionándose; el khan persa se vió en peligro y buscó un apoyo fuera de los suyos, convidando con su alianza á los pueblos occidentales, y éstos, que veían al Cristianismo inclinar su cabeza en Siria bajo los repetidos golpes del Sultan de Egipto, accedieron á las excitaciones del rey de Persia, que ponía á disposición de Felipe el Hermoso 200.000 caballos y 100.000 caballeros tártaros. De esta manera se irán afianzando de cada vez más las relaciones entre Oriente y Occidente,

y las embajadas á los generales tártaros, señores de Persia, Armenia y Georgia, reportarán consecuencias de inmensa utilidad para la geografía y la historia del Asia. Se desconocía la mayor parte de Asia Central, y ahora las misiones y embajadas van á derramar claridad sobre aquellos países, de tal modo, que en los primeros años del siglo XIV podrá escribirse un *Indicador de los caminos de la Gran Tartaria para uso de los misioneros*.

Antes de comenzar la breve reseña que nos proponemos hacer de los principales viajes emprendidos por un interés religioso ó político al Turkestan y países circunvecinos, bueno será advertir que presentan en general graves dificultades cuando se trata de seguir paso á paso al viajero con escrupulosa exactitud: hay oscuridad, achaque común á todos los viajes de la Edad Media y que nace de varias causas. Los viajes y exploraciones por tierra han ofrecido siempre obstáculos de gran monta, que es preciso ir superando á la vez que se camina; el hombre más intrépido y entusiasta se desanima y pierde la serenidad necesaria para observar y estudiar fielmente lo que ve, y si á esto agregamos las circunstancias especiales del viaje y tenemos en cuenta lo imperfecto de los medios disponibles para llevarlo á cabo, obvio será comprender cómo en las relaciones de los viajeros de la Edad Media se involucran países, pueblos y nombres, y se hace de las islas continentes y de los continentes islas. Por otra parte, los misioneros desconocían las observaciones de sus predecesores y de los que á la vez que ellos vagaban entre las tribus mongolas; todos anotaban sus primeras impresiones, y de aquí contradecirse unos á otros y referir maravillas y prodigios, fábulas y portentos. Además, los originales se han perdido, y como las copias no son su fiel trasunto, faltan á veces medios hábiles de asignar á un determinado viajero tal ó cual hecho de importancia suma para el acaudalamiento de la Geografía ó de la Historia. El mismo Marco Polo, que tanto renombre ha alcanzado, no distingue como debiera los países que visitó de aquellos otros que cita por referencias, aunque la verdad es que de Marco Polo no se han encontrado dos manuscritos iguales. Por estas razones, después de haber examinado detalladamente cada uno de los viajes ó embajadas al Oriente, será preciso agrupar los resultados generales obtenidos, y de ellos deducir el tanto de beneficio que reportó la Humanidad en el conocimiento de su mundo desde que Tártaros y Cristianos desenvuelven mayor intimidad de relaciones entre Europa y Asia.

En 1245, siendo Papa Inocencio IV, los frailes franciscanos *Lorenzo de Portugal*, *Benito de Polonia* y *Juan de Plan Carpino* fueron enviados á las regiones del Volga, pertenecientes á Batu, khan

de Kaptchack, y por la misma época *Ascelino*, *Simon de San Quintin*, *Alejandro* y *Alberto*, dominicos, se dirigieron á los dominios de Batchú, khan de Persia y Armenia, agregándoseles en el camino *Andrés de Lonjumel* y *Guichard de Cremona*.

Durante trece meses viajaron los de la primera embajada, y fué su cronista *Juan de Plan Carpino*, nacido en Perusa en el año 1182. Después de atravesar la Germania, la Hungría y la Sarmatia, llegaron á la residencia del khan Batu y le hicieron entrega de las cartas del Pontífice. Aún no estaba cumplida su misión; debían continuar en busca del Gran Khan de los Khanes, y entónces por vez primera, después de Zeiumark, dos europeos visitaron las vastas regiones del Asia interior, lugares completamente nuevos para aquellos frailes que no tenían la menor noticia de la embajada de Justino. La viuda de Ugodai, regente del príncipe Kuyné, oyó en audiencia solemne y bajo una inmensa y lujosa tienda de púrpura á los enviados del Papa, quienes tuvieron que permanecer entre aquellas hordas hasta que el hijo de Ugodai fué consagrado emperador y se dignó recibirlos. *Carpino* aprovechó maravillosamente el tiempo estudiando el país y las costumbres de sus pobladores. Lluvias de granizo, violentos huracanes y frecuentes tempestades, en que el rayo ocasionaba numerosas víctimas, hacían de la Tartaria un país inhospitalario, donde entre elevadas montañas y llanuras de ardiente y movidiza arena habitaban hombres de mediana estatura, de chata nariz, ojos pequeños y barba rala, afeitada la cabeza y cubiertos con túnicas que se abrían de alto á bajo y prominentes gorros de púrpura. Pueblos supersticiosos, creían en un Dios que recompensa y castiga, adoraban el sol, la luna, el fuego, el agua y la tierra, y en la tumba donde yacía el cadáver de un guerrero ó elevado personaje, colocaban un hondo plato lleno de carne, una taza de kumis, un pollino y un corcel embridado y con silla. Hombres y mujeres usaban la misma vestidura, y la ocupación favorita de unos y otras era la caza, el arco y la equitación.

Por fin, Kuyné despidió á los embajadores, entregándoles cartas para el Pontífice, que terminaban con esta arrogante frase: *Adoramos á Dios, y con su ayuda destruiremos la tierra entera desde Oriente hasta Occidente*.

Como premio á sus servicios, fué nombrado *Plan Carpino* en 1247 arzobispo de Antivari, en Dalmacia. Falleció hácia 1250.

Ascelino y sus compañeros se dirigieron por mar á la Siria, y por Mesopotamia y Persia alcanzaron las fronteras del Kharizim, donde se hallaba Batchú. *Ascelino* anotó también sus observaciones; pero son de menor importancia, por referirse á países ya bastante conocidos.

Para los fines políticos de nada sirvieron estas dos embajadas, y el mismo resultado se obtuvo de las que San Luis, durante su cruzada á Palestina, confió al monje *Andrés* en 1248, y al franciscano *Ruysbrook* ó *Rubruquis* en 1253.

Corrió la voz de que el Gran Khan se había convertido á la religión cristiana, y el rey de Francia envió á *Rubruquis* y á *Bartolomé de Cremona*, que en el mes de Junio del citado año se embarcaron en Constantinopla. Atravesando primero los países y desiertos que se extendían entre el Don y el Volga, y después el río Jaick ó Ural, llegaron á una ciudad llamada Kenchat, admirable por la multitud de viñedos que adornaban sus campos, y luego á otras dos, Talach y Equius, cuya situación, así como la de Kenchat, aún no se ha podido determinar con exactitud: supónese, sin embargo, que el gran río que hallaron en Kenchat es el Yaxartes ó Syr Deria. Designa *Rubruquis* la China Septentrional con el nombre de Catay, y da término á su viaje en la ciudad de Kara-Korum, cerca de Tangut y del Thibet; capital del gran Imperio mongol y corte á la sazón de Mangú-Kan, donde vivían prisioneros de guerra franceses y alemanes empleados en la explotación de minas y fabricación de armas, no muy descontentos de su suerte (1). El Khan le permitió residir dos meses en la corte, y en este período tuvo ocasión de admirar las extrañas costumbres de aquellos pueblos, más que tolerantes, latitudinarias, que se diría hoy, en ideas religiosas, porque Mangú y los suyos asistían indiferentemente á ceremonias de cristianos, musulmanes y budhistas.

La ruta seguida por el embajador de San Luis es, con escasa diferencia, la que siguió *Plan Carpino*, y también hay gran semejanza en los datos que uno y otro nos conservan. Sin embargo, la relación de *Rubruquis* es menos interesante porque el monje belga no se distingue por ese atento espíritu de observación que caracteriza al fraile italiano.

Desde Kara-Korum regresó por el mismo camino á Tripoli de Siria.

Tanto en el manuscrito de *Rubruquis*, descubierto en una biblioteca de Cambridge, como en la relación de *Plan Carpino*, se cita más de una vez al famoso Preste Juan, monarca cristiano que residía en el centro de Asia: Alberto de Aix y Othon de Freisinga hablaron de él á principios del siglo XII, y cronistas árabes, como Abul-Faradge, consignan también la tradición. *Rubruquis* encuentra ya un sér real en quien encarnar al imaginario Preste, y dícenos que es el príncipe mongol y nestoriano

(1) Conversó *Rubruquis* con una mujer de Metz, prisionera de los Mongoles en Hungría y destinada al servicio de una de las esposas de Mangú, cristiana también. Adornaban el salón del trono en el palacio de Karakorum un árbol y cuatro leones de plata, construidos por Guillermo Boucher, platero parisien.

Ung-Khan, á quien en nombre de San Luis propuso una alianza contra los Mongoles enemigos del Cristianismo. *Plan Carpino* lo hizo príncipe indio, y en el siglo XV los Portugueses le convirtieron en rey de Abisinia.

Las relaciones de *Carpino* y *Rubruquis* forman época en la historia de la Geografía, porque descubren nuevos horizontes á los pueblos de Occidente que habían olvidado los conocimientos de la antigüedad clásica y aún no tenían noticia de los escritos de Arabes y Bizantinos, y recogen curiosas é importantes observaciones acerca de la situación geográfica de los lugares y distribución de razas y pueblos á mediados del siglo XIII. Asienta *Rubruquis* que los Hunnos y los Húngaros son de raza finlandesa, originarios de los montes Urales, y nos dice que en la Crimea halló hombres de raza goda que hablaban aún su lengua primitiva y que él entendió por ser originario de los Países-Bajos. Los pueblos musulmanes de las orillas del mar Caspio, el Kachgar, los Morduinós, Búlgaros y Samoyedos, los Alanos, los Gazharos de Crimea, los Iberios, las tribus mongolas que vagan errantes en torno del Imperio Chino, y otros países y pueblos son citados y descritos en la relación de *Plan Carpino*, que habla además detalladamente de cuatro tribus y siete ciudades tártaras y del Benitabeth, como él dice, region que parece ser el Thibet. Se sabe por *Rubruquis* que ya en su tiempo los kanes mongoles obtenían considerable producto de los lagos salados de Crimea; que la bebida favorita de estos beduinos del Norte era el *Kumis*, preparado con la leche de yegua, y el aguardiente de arroz; que en sus campos nacían plantas de gran aplicación á la medicina, como el ruibarbo, á la vez que abundaban las cepas, sobre todo en las orillas del Syr Deria. Y por su permanencia durante algun tiempo entre las tribus que lindaban con el mar Caspio, se demostró que este era un lago sin comunicacion alguna con el Océano del Norte, como en pasadas épocas se creía.

En aquellos siglos y dentro del mundo cristiano, la ciencia vivía refugiada en los claustros, donde se conservaban las noticias que recogieron los monjes embajadores. Pero algo llegaba á oídos del pueblo, trasfigurado y con maravillosos tintes, lo que no tenía su razón de ser únicamente en la fantasía general, sino en las mismas narraciones de los frailes que mezclaban lo verdadero y posible con lo falso é inverosímil; así es que mientras por un lado nos describen con acierto las costumbres, producciones y ciudades de los pueblos sometidos á los Khanes tártaros, por otro admiten consejas y sorprendentes maravillas, y las refieren como cosa común y corriente. *Carpino* habla con mucha formalidad de los Parossitas, cuya boca y estómago son tan pequeños, que no pueden alimentarse más que de humo, y

Rubruquis halló un país cerca del Catay, donde los extranjeros se conservan sin envejecer desde el momento que establecen en él su morada, amén de otros prodigios que hubieron de encontrar en el Oriente. Nada de esto, sin embargo, nos causa asombro; lo extraño sería que los frailes del siglo XIII se hubieran hecho superiores al influjo de la imaginación y al brillo mágico de lo desconocido que de tal modo ofusca las inteligencias. Eran los tiempos en que vivían, tiempos de general ignorancia, en que el más sabio pasaría hoy como muy mediano erudito; los monjes aún no figuraban en primera línea, y escasos en conocimientos y desenvuelta su razón en la atmósfera del siglo, no pudieron levantarse sobre el común de las gentes, y tomaron las cosas tal como las veían ó se las contaban. Lo nuevo extasiaba todavía más al vulgo de los campos y al guerrero; oyeron con asombro referir prodigios de lejanos países, y entonces lo fabuloso y sobrehumano tomó proporciones extraordinarias.

Por esto ni *Ascelin*, ni *Carpino*, ni *Rubruquis* bastan para dar á conocer el Asia Central. Las Cruzadas han abierto las puertas del Oriente, y los enviados del Pontífice y de San Luis son los primeros que las franquean y revelan la existencia de países que vagamente se descubren en las obras de los Romanos y en las Geografías de los Arabes, mas por lo mismo que son los primeros, sus noticias aparecen incompletas y muchas veces inexactas ó dudosas, necesitándose verdaderas legiones de viajeros, unos conducidos por el afán de propagar el Evangelio ó dar cima á una misión política, y otros por el deseo de apropiarse las tan ponderadas riquezas del Asia Oriental, para ir familiarizando á la generalidad de los hombres con los pueblos de allende el Caspio, construir la geografía y la historia de sus inquietas tribus y variados países, y hacer saber á la Europa que más allá de sus límites existe un vasto mundo habitado por razas y naciones, ricas y populosas y no ajenas del todo á las ventajas de la civilización. Así se procede en la historia: las ciencias caminan paso á paso, y la ciencia descriptiva de la Tierra obedece á esta ley general. Durante tres siglos, monjes, caballeros y mercaderes, explorando y reconociendo las tierras interiores de Asia, excitarán la curiosidad de los pueblos y harán germinar en los espíritus ideas más atrevidas y aspiraciones más levantadas, que preparen los grandes descubrimientos con que termina la Edad Media y se inaugura la moderna.

A otras esferas de no menor interés trascienden las favorables consecuencias que para el buen cumplimiento de los fines generales de la humanidad derivan de las Cruzadas primero, y después, en mayor escala, del conocimiento de las tierras y

pueblos centrales del Asia, mediante los viajes y escritos de los monjes embajadores.

Los dos continentes, Asiático y Africano, separados del nuestro por la debilidad del Bajo Imperio y por el cisma de Focio, vuelven, mediante las Cruzadas, á unirse con Europa; el europeo despierta de su letargo y ve nuevos pueblos y nuevos hombres, otras costumbres y otros estudios; admírase en Italia y en Constantinopla, y nota el adelanto de los Musulmanes y la aparición de nuevas razas en el vasto escenario de la sociedad humana; Arabes y Persas, Turcos y Mongoles se mueven y se agitan sin cesar en Asia; caen unos imperios y se levantan otros en sus ruinas; al espanto y al terror suceden el asombro y la curiosidad, y á la guerra las relaciones de política y de comercio; empiezan la misión y la embajada, y si el primer embajador corre graves peligros, los enviados de San Luis son recibidos con ménos barbarie, aunque con cierto orgullo y menosprecio; despues los cristianos se niegan á prosternarse ante un rey infiel, y el príncipe tártaro no se muestra enojado por esta conducta altanera; y así, y no obstante diferencias de raza, de religion y de costumbres, latinos y germanos, semitas y mongoles irán estrechando sus lazos, y dilatándose el horizonte de la vida y del pensamiento, nuevos destinos se abrirán á la cultura y perfección moral y material de los hombres. Desde este momento podrán resplandecer en la historia la verdad y la imparcialidad, porque ya la ignorancia y el fanatismo de secta ó de partido no llevarán sus sombras á la inteligencia: para los primeros historiadores de las Cruzadas son los Musulmanes gentes despreciables, súbditos del vicio y ajenos á toda virtud, casi unos canibales; y Guillermo de Tiro, Jacobo de Vitry y Villehardouin los consideran ya como hombres capaces de sentimientos generosos, tan afables en su trato y dignos en sus maneras como bravos en el combate. Y de la misma suerte participan los Tártaros; las fieras hordas de Ogodai, que hicieron temblar de espanto á la cristiandad, reciben en sus tiendas y ciudades á los que ántes rezaban á su Dios que los librase de ellas.

En suma, las relaciones de *Carpino* y de *Rubruquis* son el punto de partida de la ciencia histórica del Oriente: describiendo, á la vez que países, la organización militar y política y las costumbres de los pueblos del Turkestan, del Thibet y de la China occidental, dan á conocer el genio y carácter de raza, y conociendo esto es ya posible depurar los hechos que integran la historia de Asia durante los siglos XI, XII y XIII.

Merced á estas primeras negociaciones de los príncipes cristianos con los kanes de Tartaria, no solamente se desvanecen errores históricos y se adquiere una noción más justa de la forma y exten-

sion de las comarcas orientales, sino que, continuando vivo en toda la Edad Media el sentimiento de curiosidad que aquellos viajes excitaron, se puede conjeturar el origen y camino de los grandes descubrimientos científicos é industriales, la pólvora, la imprenta, la estereotipia, el grabado en madera y la artillería (1). En el siglo X usaban los chinos *carros de fuego*, semejantes á nuestros cañones, y el nieto de Tchinghiz-Khan marchó á la conquista de Persia llevando consigo un cuerpo de artillería china. Desde tiempos remotos conociase en este país la polaridad del imán; cinco siglos ántes de Guttenberg, en 938, aparecieron los primeros libros impresos mediante una plancha de madera de una sola pieza, tal como comenzó á usarse la imprenta en Occidente, y en 1154 circulaba papelmoneda entre los Tártaros. Los naipes, una de las primeras aplicaciones del arte de grabar en madera, se inventaron por los Chinos en 1120, y no se oye hablar de ellos en Europa hasta 1332 en que Alfonso XI de Castilla prohibió su uso á los caballeros de la Vanda.

Todo esto llegaba á Europa, gracias á una mayor comunicacion de los pueblos occidentales con los de Asia, y de tal modo, que Tártaros originarios de las fronteras de China, iban á Roma, Paris, Lyon, Barcelona, Lóndres; y Franceses, Italianos, Españoles, Ingleses y Flamencos atravesaban el continente asiático para estudiar las artes, idioma, creencias y costumbres de sus moradores, y recoger nuevas ideas que habian de introducir notables adelantos en la Geografía, en la Historia, en la Política, en la Religion y en los procedimientos científicos é industriales.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

BOSETOS MÉDICO-SOCIALES PARA LA MUJER.



LA CORTE DEL REY ORATES.

*Ni estamos todos los que somos,
ni somos todos los que estamos.*

Sentencia célebre de un loco del manicomio provincial de Zaragoza.

I.

Si nuestras lectoras recuerdan lo que acerca de la razon dijimos en el artículo precedente (2), comprenderán ahora con facilidad la formación ó mecanismo de la locura.

Los sentidos todos nos acusan *impresiones* que reciben las facultades perceptivas.

(1) Abel Remusat. *Memoires sur les relations politiques des Princes Chret. avec les empereurs mongols.*

(2) Véanse los números 112 y 113.

Estas facultades elaboran *ideas*, que guardan relacion con dichas impresiones.

Las ideas comparadas y analizadas convenientemente por las facultades reflexivas, producen á su vez *juicios* sensatos.

Tanto los juicios como el buen estado de los *instintos* y *sentimientos* determinan *voliciones*, que ejecutamos con el auxilio de los medios de relacion dependientes de la voluntad, como la voz, los movimientos musculares, etc., etc.

Cuando todas estas facultades funcionan bien, impera *la razon*; lo mismo que cuanto todas las piezas de un aparato de relojería se corresponden perfectamente y obedecen al fin de su existencia, el reloj señala con exactitud la hora.

Pero supóngase trastornada cualquiera de sus piezas, y sobrevendrá una perturbacion, un desorden, relacionado en su intensidad á la mayor ó menor importancia de la pieza alterada.

Pues un hecho parecido acontece con la locura.

Perturbada cualquiera de las facultades que juegan en el estado de razon, tiene que resultar la anarquía de esta: y las perturbaciones dichas pueden consistir en un aumento, en una disminucion, ó en una perversion.

II.

El desorden de los sentidos y de las facultades perceptivas provoca la *ilusion*.

Las falsas impresiones cerebrales, habidas independientemente de los sentidos externos, determinan la *alucinacion*.

Y tanto una como otra pueden despertar el *delirio*, que es la operacion intelectual falsa que precede de ordinario á un acto ó deseo insensato, como lógica consecuencia de un juicio erróneo.

Procuraré explicar mejor y más claro estas tres fuentes de la locura.

III.

Ilusion es toda sensacion equivocada que un sujeto experimenta de lo que realmente impresiona sus sentidos.

Y como los sentidos son varios, de aqui que pueda haber, y haya diferentes clases de ilusiones.

Un hombre toma por montes de oro las pintadas colinas del horizonte; por ejércitos, las nubes que avanzan tumultuosamente en el espacio; por un lago, cualquiera extensa llanura... etc., etc.

Todas estas son ilusiones de la vista; es decir, falsas impresiones de cuerpos que existen realmente.

El seco cerebro de D. Quijote, trasformando en gigantes los molinos de viento, y en ejércitos hostiles los rebaños de ovejas, nos presenta excelentes ejemplos de ilusion óptica.

A un loco del hospital General de esta corte le

sorprendió una vez mi maestro y amigo, el doctor Esquerdo, examinando con cuidado una paja que habia extraido de cierto jergon tirado en medio del patio.

—¿Qué busca usted ahí?—le preguntó el profesor dicho.

La contestacion no es posible sospecharla.

—Busco,—respondió el vesánico,—un soldado de caballería que he visto dentro de ella.

Esquirol habla de una señora que padecía accesos de furor, los cuales desaparecian siempre que la tapaban los ojos y se la impedía ver.

El mismo autor refiere otro caso no ménos notable.

Un jóven militar, emparentado con la familia de Bonaparte, se volvió maniaco.

Creía que todos los individuos que le rodeaban en su casa eran miembros de la familia imperial, y se encolerizaba contra ellos. Por el contrario, siempre que veía á uno de sus criados, á quien tomaba por el emperador, se prosternaba ante sus piés y le pedía gracia y proteccion.

Un día Esquirol le vendó los ojos; entónces recobró la tranquilidad y habló razonadamente de sus ilusiones.

El oido tambien experimenta ilusiones con muchísima frecuencia.

Cualquier ruido que perciben algunos infelices monomaniacos lo equivocan fácilmente con voces conocidas, amenazas, mandatos, estruendos horribles, músicas melodiosas... etc.

El olfato á su vez trueca los olores, como el sabor la naturaleza sávida de las sustancias.

Así, hay locos que hablan de exquisitos y fragantes aromas, donde en realidad existen olores detestables, y viceversa.

Un loco andaba en cierta ocasion lamiendo las paredes y el suelo, porque, segun decía, tenían un exquisito sabor de naranja.

De las ilusiones del tacto, lo mismo externo que interno, se refieren las aberraciones más curiosas.

Una mujer, por ejemplo, se quejaba de que tenía y sentía en su vientre un regimiento, cuyas marchas y maniobras militares la hacian mucho daño.

Otra que tenía en el mismo sitio todos los personajes del Antiguo Testamento.

Otra no se atrevía á moverse porque sus piernas eran de cristal.

Un loco se quejaba dolorosamente cada vez que algun compañero pisaba la sombra de su cuerpo.

Ahora bien, las ilusiones no son atributo exclusivo de los locos, pues todos las sufrimos con frecuencia.

¿Quién, en la soledad de la noche, no ha creído percibir rumores extraños, que son rechazados como falsos por la razon?

Pero hay más; la ilusion es efecto natural muchas veces de la disposicion de nuestros sentidos y de la distancia á que están colocados los objetos.

Por eso, cuando tendemos la vista al horizonte, muchas veces tomamos por colinas algunas nubes, y viceversa.

Una torre cuadrada nos parece, si la vemos á distancia, de forma redonda.

Si ponemos un punto luminoso en rápido movimiento, vemos un círculo, una raya ó un arco de fuego.

Los dibujos ó fotografías que examinamos al traves de lentes toman cuerpo como si fuesen de relieve.

Todos estos son ejemplos que prueban ilusiones aún en las personas más cuerdas. La diferencia que existe entre las nuestras y las de los verdaderos ilusos es que éstos carecen de la facultad reflexiva suficiente para desecharlas como ilegítimas.

IV.

Las alucinaciones, al reves de las anteriores, se forman en el cerebro sin obedecer á impresiones exteriores.

Hay ciertos locos (los lipemaniacos) que se ven perseguidos incesantemente por hogueras ó por asesinos.

El ilustre matemático Pascal veía, siempre que quería andar, un precipicio abierto ante sus piés que le obligaba á marchar retrocediendo.

Aquí ya no existe una alteracion de sensaciones verdaderas; todo es fruto de la perturbacion cerebral; son, por decirlo así, abortos ideales que se verifican con entera independencia de los sentidos, amalgamas desordenadas de ideas anteriores al estado de locura.

Por ejemplo, la idea de una hoguera, más la de un cuerpo que se abrasa, se asocian en el lipemaniaco y le hacen creer que su cuerpo se está quemando entre llamas.

Lo mismo que hemos dicho de las ilusiones repetimos de las alucinaciones; no son atributo exclusivo de los locos, tiénelas con demasiada frecuencia los mismos cuerdos.

¿Qué es la poesía más que un plantel de bellas alucinaciones?

¿Qué es la imaginacion misma sino el campo donde sin cesar se mueven imágenes propias y fantásticas?

V.

Si la locura se caracteriza con frecuencia por los errores de sentido y de las ideas, también muchas veces obedece á multiplicidad de sensaciones, abundancia de ideas y versatilidad de afectos, que se desenvuelven y asocian atropelladamente, sin orden, fijeza ni objeto.

Esta exuberancia de vida psicológica prohíbe al enajenado detenerse largo tiempo sobre cada sensación ó cada idea, para separar las que no guardan dependencia mutua; por eso se los ve formar con la más leve impresion extrañas combinaciones que determinan actos de delirio.

Y entiendo yo por delirio, como anteriormente dije, esa operacion intelectual falsa que radica principalmente en las facultades reflexivas, por la cual el enajenado toma como real cuanto impresiona su imaginacion, y despierta en consecuencia un acto, un deseo ó un impulso irresistible, manifiesto ya al exterior y que constituye el atentado.

Por ejemplo:

Cuando yo era alumno oficial vi, en el departamento de locos que hay en el Hospital de Madrid, un enajenado suicida, quien, interrogado discretamente, dijo que su oficio era el de zapatero, y que ántes de ingresar en el hospital *escuchaba* voces que le decían: ¡Mátate, mátate!

Hé aquí una alucinacion.

Estas voces eran imperiosas, le perseguían por todas partes, le fatigaban, le encolerizaban, se revolvía contra ellas, disputaba acaloradamente, hasta que una tarde, lleno de furor, *se dispone á ejecutar* tan atroz mandato; coge la cuchilla de cortar suela, y *se da un corte* en el cuello.

Hé aquí el delirio y su consecuencia práctica.

Otro lipemaniaco que estaba tranquilo en su aposento, *ve* de pronto una sombra, *la toma* por un asesino, y *se lanza* á la calle al traves de una ventana.

Hé aquí bien distintas la ilusion, el delirio y el atentado.

VI.

El grado de certeza que tanto las alucinaciones como las ilusiones adquieren en los locos, es idéntico al que despiertan en nosotros los objetos que examinamos, y de cuya existencia nos atestiguan, sin ninguna duda posible, todos los sentidos.

Algunos locos vueltos á la razon han dicho: *Yo he visto entonces las más grandes aberraciones, como veo ahora las personas con quienes hablo y los objetos que me rodean.*

Existe un estado en las personas sanas de entendimiento, por medio del cual podemos formarnos idea exacta de las sensaciones que experimentan muchos vesánicos, y los delirios que las siguen. Este es el ensueño.

El sueño es el estado de reposo de todas las facultades que nos sirven para la vida de relacion.

Cuando estas facultades, que han sido citadas en el capítulo anterior, gozan de descanso ó suspenden sus funciones, el sueño es completo.

Pero esto raras veces sucede. Lo ordinario es

que algunas de las cerebrales se mantengan en estado de vigilia, y entonces existe el *ensueño*, que toma especialmente el nombre de *pesadilla* cuando contrista el espíritu, fatiga el pecho y oprime el corazón.

Pero sea cualesquiera la tema ó asunto del ensueño, es producto de sólo unas cuantas facultades en vigilia, por cuyo motivo falta esa coordinacion de ideas que constituye la razon, y para la cual es indispensable el *consensus*, ó la armonía general de todas las facultades del alma.

De esto se deducen las grandes analogías que existen entre el ensueño y la locura; por las cuales podemos decir que el ensueño no es más que una locura pasajera, ó, viceversa, que la locura es un ensueño prolongado.

Las imágenes del ensueño, que son verdaderas alucinaciones, las creemos por entonces, y en la esfera de actividad con que cuenta nuestro espíritu, tan *vemos* y *palpamos* aquello que bulle en nuestra cabeza, que unas veces gozamos y otras sufrimos; nos reaccionamos contra lo que nos amenaza, gritamos, forcejeamos, y en ocasiones trabamos una lucha corporal que dura hasta que despertamos anhelosos, cubiertos de sudor y víctimas de una mortal angustia.

Pues bien: suponed esta pesadilla con mayor fuerza, y más constante en la misma tema; despejad esa vaguedad que da á todas las concepciones de un ensueño la apariencia de cuadros desvanecidos entre bruma; delinear mejor sus contornos, y que aparezca todo más en relieve, con toques más vigorosos y decisivos; añadid á esto que el individuo se agita en la claridad del día, que sus músculos todos obedecen á la voluntad, lo cual no sucede durante el sueño sino en los sonámbulos, y tendreis las misteriosas aberraciones de la locura.

Esto es claro, terminante y gráfico.

Con el auxilio de dicha simulacion es fácil *infiltrarse* en el embrollado pensamiento del loco, comprender sus delirios y los actos que le siguen, como la fuerza impulsiva que le arrastra inconscientemente.

Mata y otros muchos autores consideran el sueño como un estado de transicion entre la razón y la locura; yo avanzo un poco más.

Yo creo que el ensueño y la locura por alucinaciones son estados casi idénticos, son hermanos gemelos, y la única diferencia que encontramos es que en aquel el descanso de las facultades motoras impide al dormido entregarse á los impulsos propios de su locura.

Por eso cuando se examinan los actos de los sonámbulos se ve en ellos un parecido exacto con los de la locura, tan parecido que más no puede ser.

Por ejemplo, entre los hechos, notabilísimos to-

dos, que se refieren del tan célebre somnábulo del monasterio de Burdeos, se halla el siguiente:

«Una noche soñó que se ahogaba un niño.

»Era en invierno y él se estaba paseando por la ribera de un rio cuando vió al niño ahogándose.

»Arrastrado por sus bellos sentimientos de humanidad, desprecia el frío de la estacion y se lanza en su socorro; se arroja sobre la cama en la actitud de un hombre que nada, y no sin grandes esfuerzos, llega hasta el chico, avanzó la mano y cogió la almohada.

»Segura ya su deseada presa, llegó nadando con una sola mano hasta el borde del rio, dejó la almohada y salió temblando y dando diente con diente como si saliese de un rio helado.

»Dijo á los que le rodeaban, testigos de su heroico arrojo, que iba á morir de frío, y pidió aguardiente para entrar en calor.

»No habiéndole á la mano le dieron un vaso de agua; pero notando no era lo que deseaba, pidió con más ahinco aguardiente, encareciendo el peligro en que se hallaba.

»Se le dió, al fin; le tomó con placer; dijo que se sentía aliviado; siguió dormido; se acostó y quedó tranquilo.»

VII.

Las formas de la locura no se reducen á las expuestas, hay otra sumamente notable que no reconoce por causa una ilusion, ni una alucinacion, ni una influencia desordenada de ideas.

Hay, efectivamente, una forma en la cual el individuo percibe los objetos, se impresiona y discurre como una persona de acabado juicio, pero se siente lanzado por un impulso interno, que rechaza hasta su misma conciencia, á cometer actos más ó menos criminales.

Estos sujetos que obran sin pasion y sin motivo, en vano luchan contra la aberracion de sus instintos, temas y sentimientos; una fuerza poderosa, irresistible, dominante, les arrastra, y ante ella se estrellan su voluntad y los gritos más poderosos de su conciencia.

Muchísimos ejemplos podríamos citar de esta variedad, que si bajo el punto de vista legal debe tomarse como un acto de locura, bajo el punto de vista psicológico no puede figurar donde las anteriores.

Elegiremos tan solo uno de entre los muchos que refiere el Dr. Mata, tomado de los anales de Henke, y que basta para dar idea exacta de ella.

«Catalina Olhaven, de edad de treinta y tres años, hija de una madre que ya había querido matarla á ella, nodriza del hijo del Dr. S... tuvo un fuerte cólico que duró algunos días, cierto movimiento en el estómago y una especie de ansiedad.

Una noche, habiendo quedado sola con dos niños en su cuarto, vió un cuchillo encima de una mesa, y al momento la asaltó la idea de degollar á su hijo de leche, al que tenía á la sazón sobre su falda.

Espantada de su idea se va del gabinete con el cuchillo en la mano, se baja á la cocina, tira el cuchillo, y pide á la cocinera que no la deje, puesto que la están atormentando malos pensamientos.

La cocinera no accede; Catalina vuelve al gabinete y siente la misma diabólica inclinación, de la que procura distraerse cantando y bailando con los niños, á los cuales, en fin, acuesta.

Catalina vuelve á pedir á la cocinera que no la deje, que ella saldrá á buscar á sus amos; y sin poder obtener nada de lo que pide, acaba por acostarse.

Apénas se duerme, despierta súbitamente más acosada que nunca del deseo de matar al niño; se levanta, y afortunadamente llegan sus amos.

Con esto se tranquiliza; vuelve á dormirse, y de nuevo reaparece la horrible idea; grita la infeliz, y pide que no la dejen sola, que la asaltan malos pensamientos; pero no explica sobre qué actos versan.

Tan pronto exclama: «¡Dios mio, qué pensamientos tan espantosos, tan horribles!» tan pronto: «¡Pero eso es ridículo, abominable!»

Al propio tiempo se informa del estado del niño; pregunta si está junto á su madre, y le llama con una voz tierna y cariñosa.

Le dan una taza de manzanilla y se tranquiliza.»

Catalina no tardó en curarse de esta horrible tendencia. Sólo otra vez la volvió á sentir, y felizmente tampoco se consumó.

Más tarde el niño enfermó y murió, y Catalina mostró señales evidentes de un profundo dolor.

Recordamos en este momento algunos crímenes horribles que han consternado á los habitantes de Madrid, y que por las circunstancias que les acompañaron y modos de verificarse se asemejan mucho á los provocados por este irresistible deseo de matar.

Razones fáciles de comprender nos obligan á respetar su crítica y hasta no mencionarlos siquiera.

VIII.

Existen además de las aberraciones citadas, otras enfermedades mentales, muy diferentes en su esencia de las expuestas, por más que estén fuera del estado que hemos llamado de razón, y, por consecuencia, dentro de la locura, según la entiende Mata.

Son estas la demencia, la imbecilidad, la tontería, la estupidez y el embrutecimiento ó muerte intelectual.

Las causas que las determinan son, ó una falta de

desarrollo, ó un desgastamiento, ó una destrucción de las facultades intelectuales; por eso las presentamos como naturales en las primeras edades de la vida, y cuando ésta llega á su ocaso.

La inteligencia vive sometida á las mismas leyes que la vida toda: nace, crece y caduea.

Forma como un arco, cuyos extremos se hunden en la negación.

En la primera edad se arranca de la ignorancia absoluta, se va elevando, y desde los 30 á los 60 años disfruta la inteligencia su puesto más elevado; después va declinando, hasta que vuelve á su punto de partida.

Por eso la infancia y la vejez se tocan: son los dos extremos que se juntan.

Al principio es la imbecilidad, al final es la demencia; una y otra palabra significan lo mismo, la negación de la inteligencia.

Vaya á continuación una tabla analítica de Pinel, que representa las diferentes gradaciones de los estados intelectuales y los atributos que los caracterizan.

Algo antigua es, pero yo no conozco otra más moderna que sea mejor.

IX.

1.º *Embrutecimiento*.—No existe ningún sentimiento de las necesidades físicas. Ninguna percepción.

Yo he observado dos magníficos casos de este estado, uno en el Hospital general y otro en el de la Caridad.

Tan completa era la negación intelectual de estos seres, en particular de uno, que dudo hasta tuvieron conciencia de su vida. De ellos me ocupé algo detenidamente en un artículo que vió la luz pública en *El Anfiteatro Anatómico* (1).

2.º *Estupidez*.—Existe sentimiento de las necesidades físicas y algunas percepciones.

3.º *Tontería*.—Percepciones y memoria muy débiles; posibilidad de hablar, propensiones violentas.

Estos tres estados se comprenden bajo el nombre genérico de idiotismo.

4.º *Imbecilidad*.—Memoria, atención y juicio momentáneos; palabras raras; afecciones suaves; inclinaciones bastante señaladas.

5.º *Demencia*.—Voluntad inerte, conciencia desolada, esfuerzos inútiles de memoria, de juicio y atención.

Este estado es propio de la senectud; es, por decirlo así, el epílogo fisiológico de la vida.

6.º *Monomanía ó delirio parcial*.—Inteligencia penetrante; atención demasiado fija sobre un objeto;

(1) Tomo I, año 1873, pág. 35.

voluntad impotente. Conciencia exagerada en mal; juicio falso; insensibilidad moral.

7.º *Manía, furor*.—Exaltación de toda la inteligencia; falta de voluntad; conciencia exaltada; error en todas las sensaciones.

8.º *Divagación*.—La divagación comprende todas las alteraciones intelectuales, pero de corta duración, como, por ejemplo, la borrachera.

X.

A la altura en que nos encontramos y después de la exposición que hemos hecho de las formas fundamentales de la locura, nos es fácil comprender en dos grandes grupos todas las diferentes formas de esta enfermedad (1). Locuras por perversión de facultades, y locuras por impotencia de las mismas.

Circunscribiéndonos á las primeras, que son las más interesantes, vemos que toman diferentes nombres, según que la tema de la locura es única ó múltiple, alegre ó triste, y hasta según la naturaleza de las ideas predominantes.

Así es que se llama *monomanía* cuando versa sobre un solo orden de ideas; y *manía* cuando es general, ó afecta á todas las operaciones de la inteligencia.

La monomanía es la que ofrece más variaciones, la que abraza los delirios más extraños, pues todos los desvaríos del entendimiento y de la pasión pueden encerrarse dentro de ella.

Por esta razón dicha enfermedad refleja luminosamente el espíritu intelectual de las épocas y de los pueblos.

Por eso igualmente, para conocerla bien, es preciso estudiar los grandes balances de las costumbres, de las preocupaciones, de las empresas, de los adelantos, de los descubrimientos y de las ambiciones sociales.

Pasemos ya al interior del manicomio, en cuyas puertas nos quedamos á principios del artículo anterior.

XI.

Estamos en medio de la corte del rey Orates.

En rededor nuestro adviértese grande animación, y si dirigimos la vista por todas partes veremos que nos rodea un número respetable de locos.

Fijémonos en algunos (2).

¿Veis aquel infeliz, que permanece oculto en un ángulo del patio, recogido sobre sí mismo y fuerte-

(1) Únicamente aquí es posible hacer esto, pues la clasificación didáctica de la locura no puede sujetarse á sólo los dos grupos mencionados, sea cualquiera el punto de partida que se adopte para clasificarla. Si en vez de unos *bosquejos médico-sociales*, hubiésemos emprendido un trabajo severamente científico, las divisiones serían otras.

(2) Los pocos casos que aquí presensamos están tomados, en su mayoría, de distintos manicomios que hemos visitado: son, pues, verdaderos.

mente pegado á la pared como si quisiera incrustarse en ella? Examinadle con algun detenimiento, y de seguro os compadecerá su aspecto físico.

En lo alto de un cuerpo flaco, aparece rígido, chupado y sucio, como una evocación de ultratumba, su descolorido semblante.

Su frente está surcada de numerosos pliegues; sus ojos, recogidos en el fondo de las huesosas órbitas, ya fijan la mirada en el suelo, ya la hacen vagar inquieta de uno en otro lado, revelando la desconfianza, el recelo de alguna amenaza ó de algun peligro inevitable.

Cejijunto, con los labios apretados y los músculos todos de su cara en tensión convulsiva, basta verle para comprender que le dominan los sentimientos de terror y odio.

¡Desdichado! Es una de esas víctimas de la forma de locura que los médicos llaman lipemanía.

La lipemanía es, sin duda, la más cruel y horrible de las monomanías, y por eso los infelices que la padecen sufren una vida insoportable, torturada por continuos sobresaltos, recelos y temores.

Nada hay que les consuele; su cerebro siempre despierto, pues son muy pocos los que logran dormir tranquilamente, crea las más insufribles amenazas y las más pavorosas alucinaciones.

Crean que todo conspira contra ellos, que todo atenta contra su existencia y su honra; por eso no es raro ver que se resisten hasta probar alimento alguno.

A unos les espanta el día, á otros les exalta la noche; el más pequeño ruido les estremece, y el silencio les espanta y acrecienta sus falsos temores.

Los cambios de su estado nervioso, las aberraciones de su sensibilidad, los momentos de lucidez y excitación, la comprensión de lo que se les dice, y la influencia que sobre su estado ejerce cuanto les rodea, varía hasta lo infinito.

En ocasiones se observa que hay una lucha poderosa entre la razón y sus inquietudes, pero generalmente concluye por quedar derrotada la primera.

—Yo entiendo muy bien vuestras reflexiones,—decía un lipemaniaco al profesor que procuraba tranquilizarle;—vos tenéis razón en cuanto me decís, pero no *puedo creerlos*.

—Yo tengo miedo,—dicen otros,—y no sé de qué; pero tengo mucho miedo.

XII.

La demonomanía se considera como una variedad de las muchas que puede afectar esta forma de locura.

Aquí tenemos una mujer demonomaniaca. Escuchemos lo que dice y veremos esa firmeza de ideas, esa aseveración incomprensible que en los si-

glos XV y XVI lanzó tantas víctimas en la hoguera.

«Hace un millón de años (1), dice, que soy la mujer del gran diablo.

»Yo me entiendo con él; se acuesta conmigo, y no cesa de decirme que es el padre de mis hijos.

»Mi cuerpo es un saco hecho con la piel del diablo, lleno de sapos, serpientes y otros animales inmundos que son los diablos.

»No tengo necesidad de comer (sin embargo, comía mucho); todo lo que se me da está envenenado y habría muerto hace mucho tiempo si no fuera el diablo.

»Hace más de cuarenta años que no he hecho de vientre.

»He cometido toda clase de tropelías, he robado y asesinado; y en un momento cometo más crímenes que todos los ladrones en veinte años.»

Así como la forma general de la lipemania es hoy muy frecuente, la demonomanía es ya muy rara.

XIII.

¿Veis aquel otro desdichado, que cruza el patio con aire majestuoso, colocada una grotesca corona de carton sobre su cabeza, pendiente de su cintura una andrajosa manta, que arrastra solemnemente á guisa de manto real, y lleva en su mano derecha un palo que maneja con visible esmero?

No creais que es un cualquiera: basta observar su despejado semblante, en donde rebosa una satisfacción de sí mismo, para comprender que nos las habemos con algun distinguido personaje.

Así es; preguntémosle y vereis cómo *se digna* respondernos que es un poderoso monarca, á quien todos los demas de la tierra rinden pleito homenaje por su inmenso poderío, envidian por sus fastuosas riquezas y admiran por su profunda sabiduría.

Dice que descende de Júpiter y que su voluntad es tan omnipotente, que si quisiera arrancaría de su órbita á este grano de tierra que voltea en el espacio. Pero no temamos nada de su poder; sabe que la nobleza y la bondad deben ser atributos de un buen monarca, y por eso le vereis munificente y generoso con todos sus compañeros, á los que colma sin cesar de honores y mercedes.

Vedle acercarse ahora á uno de los que él llama sus más intrépidos generales: es aquel otro que contempla á los demas con marcado desden, y lleva sobre la cabeza un sombrero apuntado, hecho de un papelote, con adornos de plumas y otras chucherías.

Sólo su traje indica la tema de su locura.

Sobre súcia y raida levita ciñe á su cintura una sogá, de la cual pende tajante sable, que creereis vosotros es un feo palo, y sin embargo, dice ser de

bien templado acero damasquino, con gabilanes de oro, guarnecidos de perlas y piedras preciosas en la empuñadura, cual corresponde á un obsequio del gran Sultan de los cien Estados de la Mego-tonia.

Otro tanto puedo decir de esos cintajos y trapos cruzados que ostenta sobre su pecho: son honoríficas bandas y cruces.

Si le escuchais, os admirarán sus proezas, tan intrépidas como formidables y aguerridas son las huestes que manda.

De vez en cuando se apodera de él la fiebre de combatir, y se trasforma por completo.

Llama á sus ejércitos, *los ve* desfilar en apretados batallones, los infunde alientos con sus entusiasmas y atronadoras arengas, monta sobre... cualquier cosa, y se apresta al combate.

¡Ah! es un héroe. El olor y la neblina de la pólvora le enardecen; la estruendosa confusion de la pelea le inflama; el rápido cruzar de sibilantes y mortíferos proyectiles acrece su temerario valor; adora el peligro y en medio de él lucha, se agita, da órdenes, esgrime su sable y maneja admirablemente sus fuerzas.

El enemigo es valiente y en mayor número... ¡qué importa! La victoria será tanto más gloriosa, cuanto mayor sea la desventaja del vencedor.

Despues de algun tiempo de increíbles esfuerzos, el enemigo se bate en retirada; ya huye despavorido. ¡La victoria ha sido completa! y así lo manifiesta el inmenso placer que despide el rostro de este *feliz desdichado*.

Estos dos y otros muchos casos análogos que podríamos encontrar, pertenecen á la *keromanía* ó delirio de las grandezas, es decir, á la antitesis de la lipemania.

Lo más fantástico, lo más quimérico, cuanto de grandioso puede forjar un ensueño es del dominio de esta locura...

De aquí que se vea felices á los que la padecen, pues gozan de los vuelos que toma su brillante imaginacion, y ya se creen reyes ó príncipes, ya un inspirado vate que guarda en su cabeza los más acabados poemas, ya un inmortal tribuno que electriza á su auditorio con la magia de su elocuentísima palabra...

La lipemania es lóbrega y meditabunda; el individuo vive dentro de sí mismo, no habla, no grita, roe y desgasta en su interior el pesar y los temores que le asaltan.

La queromania, por el contrario, es expansiva, exuberante; suelto el freno de la inteligencia, aparece el individuo tan pródigo y grandioso en sus pensamientos, que éstos se desbordan y vierten al exterior, como el licor fermentado se desparrama en tumultuosos borbotones y ruidosas cascadas de

(1) Esquirol. Caso observado en el hospital de Charenton, Paris.

brillante espuma apenas salta el tapon que le sujetaba en la cristalina cárcel de una botella.

Esta grande diferencia de carácter imprime, como es consiguiente, diferencias en el físico de ambas clases de enajenados.

Tristes, atenaceados siempre por el dolor, y desconfiados los primeros, contraen bien pronto enfermedades del pecho ó del vientre.

Bulliciosos, inquietos, locuaces y siempre alegres los segundos, suelen gozar de excelente salud y de envidiable robustez.

Como una variedad de la keromanía indicaremos la *teomanía*, ó manía religiosa, bajo cuya influencia los individuos se creen ocupar las más altas gerarquías eclesiásticas.

En el hospital ya mencionado pude observar un excelente caso de éstos; era el de un individuo que se creía ser el Sumo Pontífice.

Este desgraciado, que se llamaba el papa *Lechuga*, y no recuerdo cuantos nombres más, nos excomulgó á todos los alumnos que le examinábamos, incluso al doctor Esquerdo, mi maestro entonces, porque llevamos nuestra profanación hasta el extremo de permanecer cubiertos en su presencia.

XIV.

Generalmente los monomaniacos suicidas son lipemaniacos; al revés de los queromaniacos, que apetecen la vida y gozan, á veces sin preocupaciones tristes, de su ilusorio estado.

Tanto unos como otros, por incidentes varios, pueden hacerse peligrosos, y atentar contra las personas que los rodean.

Peró las monomanías más atentatorias, las que exigen más exquisita vigilancia, son otras distintas de las mencionadas, las cuales parecen radicar en perturbaciones de los instintos sociales.

Los individuos que la padecen sienten una fuerza interior, un imperioso mandato orgánico, una influencia desconocida y tiránica que automatiza al sujeto, atropella su razón, y la arrastra en ocasiones, contra los gritos de su conciencia, á cometer verdaderos crímenes.

Algo hemos dicho sobre esta forma de locura, y ahora sólo debemos indicar que sus variedades pueden ser infinitas.

Llámase *monomanía homicida* cuando, como en el caso de Catalina Olhaver, tiende á privar de la vida á cualquier prójimo.

Monomanía antropofágica cuando el crimen llega hasta el horroroso extremo de comer carne de la víctima ó de beber su propia sangre.

Monomanía incendiaria ó *piromanía* cuando impelle á incendiar.

Monomanía suicida cuando el atentado recae sobre el mismo individuo que lo ejecuta.

Y así de otras muchas.

Tales enfermedades existen indudablemente y pertenecen más á la medicina que á los tribunales.

Muchos de los que la padecen, ante un examen superficial podrían ser juzgados como despiadados criminales, y realmente son infelices locos.

Un jurisconsulto célebre dijo «que ciertas monomanías debían curarse en el cadalso.»

Estas frases en boca de un médico hubieran sido una blasfemia científica.

Cuando se desconocían los trastornos de la razón y los ciegos impulsos del organismo, podría dudarse de la responsabilidad que envuelven cierta clase de atentados; hoy no: hoy ya la justicia debe proceder con muchísima prudencia ántes de confundir á un criminal con un loco, y viceversa.

XV.

Las manifestaciones de la locura, es decir, los actos por los cuales esta se trasluce al exterior, son innumerables.

Desde la clásica carcajada intempestiva hasta la simple mueca, y desde la vestidura estrafalaria y grotesca hasta la desordenada composición musical, todos cuantos actos surgen de la persona, todas cuantas actividades visibles la pertenecen, pueden servirnos para diagnosticar la existencia de la locura.

El hecho ya citado del poeta Ramirez es una manifestación del delirio por medio de la escritura.

Pascal, andando siempre hácia atrás, revelaba con este simple movimiento de retroceso su locura.

En el hospital, ya varias veces citado, había un músico loco, cuyo estado no se conocía más que cuando tocaba el piano. ¡Tan extraños y disparatados *popurries* eran los que impensadamente formaba!

Y á este tener no acabaríamos nunca si hubiésemos de citar las infinitas manifestaciones de que es susceptible este padecimiento.

XVI.

Debo y quiero terminar ya este artículo, el último, al ménos por ahora, de mis bosquejos médico-sociales, por dos motivos: primero, porque lo mucho que resta decir de la locura pertenece ya á otro orden de estudios; y segundo, porque temo haya alguna lectora, á quien, con sobrado motivo, se la ocurra pensar que las muchas páginas que vengo consagrando á esta enfermedad, son también una manifestación de mi monomanía neumatógrafa, ó de la escritura.

Y por cierto que sería tanto más probable su pensamiento, cuanto que esta es una de las enfermedades propias del siglo XIX, y también una de las que más estragos ocasionan.

Y como es posible que haya quien no comprenda la tal enfermedad, voy á referir un caso notabilísimo de ella, cuyo sujeto vive aún, y es cartero en Madrid, por más señas. Será el último que cite.

El sujeto aludido es un hombre sencillote, un pobre diablo que escasamente sabe leer y escribir, y cuya inteligencia jamás recibió otro cultivo que el de las primeras letras, ni osó emprender más operaciones que la de descifrar sobres manuscritos.

Pero llegó la revolucion española del 68; las cuestiones políticas tomaron asiento en los cerebros más negados, y de buenas á primeras acomete al de nuestro individuo el vivo deseo de publicar un folleto acerca de la situacion política de Roma y su futuro desenlace.

Tan de veras y con tanto ahinco le acometió este *fames peccati*, como diria un festivo escritor contemporáneo, al infeliz, que no dió tregua á su inflamada imaginacion, reposo á su abatido cuerpo, ni atencion á sus cotidianas obligaciones, hasta que logró llenar algunos centenares de cuartillas con signos cabalísticos, ideas incoherentes y párrafos de estilo detestable.

Buscó el malaventurado un editor que publicara su trabajo; pero no hallándole por ninguna parte, y creyendo con terquedad monomaniaca que las excelencias de él, y su influencia en los destinos ulteriores de la libertad, habían de proporcionarle imperecedera fama y abundantes riquezas, se decidió á invertir en su publicacion los modestos ahorros de su vida.

Hízolo así, el folleto se imprimió, y se puso á la venta (1); vestido el autor con sus más puleros atavíos fué de embajada en embajada, dejando en todas un ejemplar, pero los resultados no correspondieron á sus esperanzas, y se quedó con la tirada y sin sus ahorros.

La leccion era algo dura, pero no bastó; pues recuerdo haberle oído decir, hace algun tiempo, que tenía pensado escribir otro sobre el mismo tema.

Como este iluso es un sér inofensivo, de intachable probidad, y cumplidor exacto de sus obligaciones, el Estado le conserva en su antiguo destino, y suelo verle con frecuencia por las calles de Madrid, con la indispensable cartera de su empleo debajo del brazo y la atencion siempre distraida.

Quizás irá pensando en el modo de poder dar á luz su segundo folleto.

DR. A. PULIDO.

(1) Triunfo de Italia, etc., etc., un folleto en 4.º, de 96 páginas, 1868. Imprenta de Ducazal. Anuncióse su venta en las librerías de Cuesta, Carretas, 9; y de Gaspar y Roig, calle del Principe, núm. 4. Es original, y merece que las personas amigas de curiosidades conserven un ejemplar de él.



Felipe Gaucher tuvo la mala fortuna de disgustar soberanamente á la madre de Andrés. Era, sin embargo, un buen muchacho, con el corazon en la mano y el alma abierta como su fisonomia; pero la señora Andrés no quería que un hombre se permitiese ser más hermoso que su hijo, que no era, sin embargo, lo que se llama en provincias un buen mozo. No tenía anchos hombros, ni barba negra, ni color encarnado, ni pecho arqueado; era interesante, inteligente y modesto; su cara, como su persona, respiraba la distincion de una naturaleza escogida. Así es que su madre, que no había visto el mundo y que no hubiera sabido definir en qué consiste la distincion, tenía un criterio cierto en sus medios de comparacion. La buena señora se encontró sorprendida de cierta vulgaridad que se filtraba, por decirlo así, á traves de todas las palabras, todos los gestos y todas las maneras de Felipe, y dedujo que sus ideas y sus acciones eran consecuencias de su tipo. Ella no carecía de ese talento natural y burlon que es propio de los habitantes del centro de Francia, y especialmente en el bello sexo; burlóse, pues, durante la comida, sin que el jóven se dignara observarlo. Verdad que, siendo ante todo los deberes de la hospitalidad, la buena señora le había hecho un buen recibimiento y le colmaba de pequeños cuidados y obsequios.

Felipe supo que Pedro Andrés y su madre comían al dia siguiente en casa de la señorita de Chevreuse y que se *aprovecharía la ocasion* para presentarle; por lo cual vió con placer que sus asuntos estaban más adelantados de lo que él mismo creía, y dijo en alta voz que tenía una estrella propicia brillando en medio del cielo.

—¿Cuál es?—le preguntó maliciosamente la señora Andrés.

—No sé su nombre,—contestó alegremente;—no conozco la astronomía; pero cuando miro á la más grande y la más hermosa, estoy seguro que es la mía. ¿No creéis en la influencia de las estrellas, amigo Pedro?

—Si tal; creo en ello por Napoleon y por vos. Si los simples mortales como yo tienen el patronazgo de un astro, el mio es tan pequeño y está tan alto que nunca he podido verle.

Felipe había prolongado la velada mucho más de lo que se acostumbraba en Dolmor, sin saber que la anciana se acostaba á las nueve. Pedro, al ver que el reloj señalaba las once, dijo al jóven:

* Véanse los números 116 y 117, págs. 425 y 462.

—Debeis estar cansado del viaje; cuando querais os conduciré á vuestro cuarto.

—Yo no estoy cansado nunca,—contestó Gaucher;—pero ese ruido de la diligencia está todavía metido en mi cabeza; si gustais...

Pedro le condujo á una pequeña habitacion nueva y fresca, cuyas persianas abrió el pintor á fin de despertar al rayar el alba, pues queria explorar la campiña con objeto de elegir asunto para pintar los dias siguientes.

—Dormid en paz,—le dijo Pedro;—yo me despierto con el dia, y vendré á buscaros si quereis que os conduzca al más hermoso sitio de nuestro valle.

—Gracias,—contestó Felipe;—pero francamente prefiero ir solo á la descubierta. El artista se ve contrariado cuando tiene que recibir el contraste de otra apreciacion distinta de la suya.

—Es decir,—pensó Andrés,—que quieres ir á importunar con tu curiosidad á Mariana hasta en su casa. Yo vigilaré, jóven atrevido; ella no te pertenece todavía, y su padrino tiene el deber de protegerla.

Entró en su cuarto; y para quitarse el mal humor tuvo deseo de escribir; pero en vano buscó el cuaderno que había empezado la víspera; no lo encontró, y no acordándose bien de lo que había escrito en él, tuvo cierto temor de haberlo perdido durante el paseo. Recordó que al entrar había puesto su gaban y su baston en la sala, y bajó para ver si encontraba el cuaderno.

Pero en vez del cuaderno, encontró á su madre, que parecia agitada.

—¿Qué buscas?—le preguntó la anciana.

—Un cuaderno de bolsillo, donde hago mis apuntes.

—Aquí está,—contestó la madre abriendo un cajon;—lo encontré esta mañana al limpiar y lo guardé.

—Si lo has leído,—observó Andrés guardando el cuaderno en el bolsillo,—te habré parecido un loco.

—¡Leído! ¡oh! yo no soy curiosa por los manuscritos, ni nunca los he leído bien; pero, ¿por qué me dices que puedes parecer un loco?

—Porque... pero dime primero, ¿por qué estás tan inquieta y contrariada?

—¡Oh! yo puedo decirlo... estoy furiosa de pensar que vamos á llevar ese lindo pintamonas á Mariana, y que, si ella le recibe bien, estaremos obligados á decirle que nos agrada... ¡Oh! no, yo no estoy dispuesta á este engaño; encuentro á ese jóven ridiculo é insoportable, y no prometo ocultar lo que pienso de él.

—Juzgas muy pronto,—contestó Pedro sentándose al lado de su madre, que se había arrojado con mal humor sobre el sofá.—Ese jóven ni es mal parecido ni de malas condiciones; sus maneras son un

poco descaradas, ya lo sé, pero agradarán quizá á Mariana... ¿Quién sabe?... Mariana no tiene el juicio que tú le atribuyes y que, fundado en tu palabra, le he atribuido yo tambien.

—Mariana tiene mucho talento,—exclamó la señora Andrés,—y mucha razon: tú no la conoces.

—Es verdad; ella es muy misteriosa conmigo.

—Eso es culpa tuya; ¡le hablas tan poco y aprovechas tan mal las ocasiones de conocerla!

—Algo de culpa tengo yo, es verdad; pero te aseguro que á Mariana le gusta el papel de esfinge, y yo no tengo el atrevimiento de Felipe Gaucher para levantar el velo del pudor de una jóven. A ella le gusta ser una niña conmigo; es una mujer, y yo no sé romper á la fuerza la reserva de una mujer.

XV.

La anciana reflexionó algunos instantes, y despues cogió la mano de su hijo y le dijo.

—Eres tímido, muy tímido. Si tú hubieras querido, Mariana no habría amado más que á ti, y contigo se casaría.

—Me echas en cara un pecado muy antiguo. Hace seis años... recuerda que hace seis años yo no podía pensar en el matrimonio.

—¿Por qué? ¿Eras viejo á los treinta y cinco años?

—Lo bastante para juzgar del porvenir por el pasado. Cuando tiene uno treinta y cinco años y no ha sabido hacer fortuna, puede decir que no sabrá hacerla nunca, y debe retraerse de los obstáculos y de las emociones de la vida.

—Razon de más para hacer un buen matrimonio.

—Tratar de despertar el amor cuando se presenta lo que se llama un *buen* matrimonio, nunca lo he sabido hacer ni lo sabré.

—Sí, sí, comprendo... yo tengo tambien mi orgullo, y respeto y estimo el tuyo; lo que te censuro es no haber amado á Mariana por ella misma; me parece que lo merecia y que estaba dispuesta á pagarte en la misma moneda. Cuando el amor toma su partido, ya no hay tuyo ni mio en las conveniencias de las fortunas.

—Es verdad, pero yo no he creído nunca que Mariana pudiera amarme. Si Felipe tiene demasiada confianza en sí mismo, yo no tengo bastante. Además, lo confieso, yo tenía la pasion de los viajes y esperaba poder continuar. Otra persona, con un poco de destreza, hubiese encontrado una ocasion como la que la casualidad me presentaba. Yo no he sabido nunca ayudar á la casualidad. Ya te lo he dicho cien veces; yo no sirvo para nada de provecho respecto de mi mismo. Al presente todo está consumido, y me considero feliz porque puedo darte al ménos un poco de dicha. No mejoramos nuestra vida presente con inútiles recuerdos del pasado. Tú dices que Mariana me hubiera amado... Ella sabe bien que yo

no me he fijado, y no me lo perdonará nunca. Ahora me explico la frialdad que me demuestra, el cuidado que pone en tenerme á distancia y el *vos* ceremonioso que ha reemplazado al cariñoso *tú* de otro tiempo. Una mujer, por fría y por dulce que sea, no perdona á un hombre haber estado ciego, y ahora que ella va á ser devorada por los ojos descarados y deslumbradores de un buen mozo sin escrúpulos y sin irresolución se va á vengar en su provecho de mi tontería. ¡Que la venganza le sea dulce y que sea feliz! Este es el único deseo que nos corresponde. Yo quiero sacrificarme de buena voluntad y aprobar su elección desde luego.

—Haces mal, Pedro; si tú quisieras, aún sería tiempo; pero tú no quieres... tú no amas á esa pobre Mariana... es una desgracia para ella. Tú la harías feliz, y no lo será con un hombre que le es inferior en todo.

—Si ella tiene la superioridad que tú le concedes, lo verá á tiempo y no pronunciará el sí.

—Tú dudas que Mariana sea inteligente, y en este particular la inteligencia que no veo es la tuya, permíteme que te lo diga, hijo mio. Sé que no se puede juzgar el talento en una persona que no quiere darse á conocer como es; pero cuando se quiere amar, se intenta... y cuando se ama, se adivina. Si tú amaras...

Pedro besó la mano de su madre con una emoción que reprimió pronto. Iba á decirle que hacía algunos días estaba inclinado á amar y quizá amaba ya, pero se contuvo. Si confesaba su sufrimiento, lo sentiría mucho su madre, que quizá le obligaría á una lucha en la cual él no osaba creer que pudiera triunfar.

—Habla de todo esto pasado mañana,—le dijo.—Veamos primero cómo se presenta el pretendiente. Es tarde, y es preciso dormir. No te atormentes, y ten la seguridad de que soy demasiado dichoso contigo para desear serlo más.

Ya en su cuarto, resolvió descargar su corazón y abrió su cuaderno. En la última página de su monólogo de la vispera encontró pegado al papel un pensamiento silvestre que no se acordaba haber puesto, pero que le hizo soñar.

—Debería hacerse un herbario de recuerdos,—pensó Pedro Andrés.—Una flor, una hoja, un pedazo de musgo, tomarían el valor de una reliquia, si recordaran un acontecimiento de la vida interior, una emoción del corazón ó un esfuerzo de la voluntad. Se recuerdan los peligros y las fatigas de ciertas conquistas botánicas; se ven de nuevo los sitios grandiosos ó encantadores que han llamado la atención; siempre el espectáculo del mundo exterior... la historia del alma desempeñaría bien distinto papel.

En aquel momento Pedro oyó andar sobre el piso

de madera de los corredores y de la escalera del chalet; después sintió abrir la puerta de abajo, y se asomó á la ventana. Era Felipe Gaucher, que por lo visto iba en medio de la oscuridad de la noche á buscar asunto para un cuadro.

XVI.

Era la una de la madrugada. La conversación de Pedro y su madre, de que hemos dado un corto resumen, había durado más de dos horas. ¿Qué capricho impulsaba al artista á salir de la casa y del cercado antes del día? Una súbita indignación experimentó Andrés á la idea de que aquel joven loco, dominado por la idea de formarse una existencia independiente, quisiera comprometer á Mariana para llegar más pronto y más seguramente á sus fines. Echó á correr tras él, y le alcanzó en el camino de Validat.

—¿Dónde vais?—le preguntó con tono brusco;—¿sois sonámbulo?

—Sí,—contestó Felipe, más sorprendido que enfadado de la vigilancia de Andrés.—Tengo el sonambulismo del amor que va derecho á su objeto sin saber por dónde hay que pasar; pero yo encontraría solo el castillo ó la choza de mi bella campesina. Por aquí la ví alejarse ayer... me habeis dicho que ella vivía cerca del camino, hacia el lado de las colinas de la derecha. La noche es clara, y será de día dentro de una hora. No tengais cuidado por mí, querido amigo; sentiré mucho alterar vuestras costumbres.

—La primera y más importante de mis costumbres,—contestó Pedro,—es vigilar por la seguridad de mis amigos.

—Sois demasiado bueno para mí, en verdad; pero prefiero ir solo, ya os lo he dicho.

—No es de vuestra seguridad de la que me preocupo, sino de la de mi ahijada.

—¿Quién es vuestra ahijada?

—La señorita de Chevreuse, á quien por lo visto quereis comprometer.

—¿Es ahijada vuestra?... ¡Ah!... ¡ya! ahora me lo explico todo. Yo os tomaba por un rival celoso; pero en el momento en que sé que sois una especie de padre, reconozco vuestros derechos y debo deciros que nunca me perdonaría á mí mismo nada que pudiera comprometer á vuestra Mariana. Sabed, amigo mio, que mis intenciones son puras como el cielo. Ayer, mi encantadora futura rehusó una flor que yo le ofrecía, diciendo que la quería coger para su caballo, y esta madrugada voy á cortar todos los matorrales del país y hacer una gigantesca guirnalda de madreSelva, que colgaré de la ventana de la señorita de Chevreuse con este modesto billete ya escrito que llevo en el bolsillo: *A la señorita Suzon, su afectísimo servidor*. Ya veis que no hay de qué en-

fadarse y que vuestra ahijada se reirá de la aventura.

—Si vuestra ambicion se cifra en hacerla reir, pienso que lo conseguireis.

—¿Esperais que ella se ria de mí? ¡Bueno! La gran cuestion es que, simpática ó burlona, se ocupe de mí, y vos me hareis un favor poniéndome en ridículo. Yo sabré tomar mi revancha cuando ella tenga la cabeza llena y sobrecitada por mis extravagancias. Espero conseguirlo de cualquier manera, pero de tal naturaleza, sin embargo, que su austero padrino no tenga nunca que llamarme al respeto que debo á su hija adoptiva.

Pedro tuvo deseos de demostrarle en seguida que la *ofrenda á Suzon* equivalia á una declaracion de amor á Mariana, declaracion que podría dar lugar á que los colonos y dependientes, no sabiendo leer la dedicatoria, dijese que era un *mayo*, es decir, una prenda de desposorio para la señorita Mariana; pero Felipe parecia tan decidido, que era preciso ó dejarle hacer ó enfadarse, lo cual le parecia soberanamente ridiculo y brutalmente contrario á las leyes de la hospitalidad. Pedro fingió, pues, tomar la cosa á risa, y le dejó que se alejase solo, recordándole que su madre almorzaba á las nueve y que saldrían al medio dia para asistir á la comida de la señorita de Chevreuse, que debería tener lugar, segun la costumbre del país, á las tres de la tarde.

—No tengais cuidado,—contestó Felipe,—y sobre todo no me espereis. Si estoy léjos para llegar á la hora del desayuno, me darán pan y leche en cualquier parte. Sabed que un paisajista no se apura por nada. He hecho muchas más exploraciones que la de vuestra Suiza microscópica.

Pedro fingió retirarse, y tomó á través de los campos para acercarse á Validat: queria vigilar al jóven. Al cabo de un cuarto de hora vió á Felipe detenerse enfrente del camino que descende hácia Validat, y despues continuar la senda descubierta que se dirige al castillo de Mortsang. Felipe, al contemplar la alqueria de Validat, no habia querido suponer que su prometida viviera en aquella casa de campesinos; divisó á lo léjos el pintoresco castillo, y á el se dirigió resueltamente.

XVII.

A pesar de esto, Pedro resolvió hacer guardia alrededor de Validat, y volvió á su casa á buscar su baston y su saco, accesorios que motivaban sus escursiones habituales y sin los cuales cualquiera se hubiese sorprendido de verle marchar á la casualidad por el campo. En aquel país nadie tiene el derecho de pasear sin objeto alguno; diríase que era un loco el que tal hiciera; pero si se tiene la apariencia de buscar alguna cosa, se pasa por sabio, lo cual conduce á veces á la misma opinion de lo-

cura ó á acusaciones más ó ménos claras de brujería.

Pedro tenia bastantes nociones de agricultura para ser un práctico en apariencia. Algunos aldeanos suponian, al verle tan curioso de las ruinas, de las plantas y de las rocas, que estaba encargado *por el gobierno* de hacer la estadística del país. El aldeano del centro de Francia no supone nunca que un particular se entregue á investigaciones por su placer ó su instruccion.

El sol habia salido ya cuando Pedro Andrés se encontraba en los bosquecillos que rodean la cuenca por encima de Validat. Desde allí, oculto por los árboles, podia explorar con la mirada la alqueria y los caminos de los alrededores. Vió que habia bastante movimiento en la alqueria, probablemente para la comida que preparaba Mariana; la jóven apareció á las cinco en el patio, dando sus órdenes y entrando y saliendo en la cocina y demas dependencias. Despues sacó á Suzon de la cuadra, montó en él y se dirigió hácia el sitio del bosque en que corre el arroyo.

Pedro bajó rápidamente de la colina y se encontró al mismo tiempo que ella en el camino.

—¿A dónde vas tan de mañana?—le preguntó con un tono de autoridad de que la jóven se sorprendió no poco.

—¿Os interesa saberlo, padrino? Voy á buscar manteca á la quinta de Mortsang. Hoy no hay en casa, y la necesito, porque deseo que no falte en la comida nada de lo que puede obtenerse en el país.

—Envia á cualquiera, Mariana, y no vayas á Mortsang; no vayas á ninguna parte, te lo suplico; no andes hoy por el campo; quédate en tu casa, y mañana sabrás si debes interrumpir ó continuar tus paseos solitarios.

—No comprendo.

—Ó no quieres comprender. Pues bien: te diré que Felipe Gaucher ha salido de Dolmor en medio de la noche para llevarte un ramo; pero se ha equivocado y le ha llevado á Mortsang ó á cualquiera otra parte: si tú vas por ahí, te expones á encontrarle.

—Y aunque le encontrara...

—Haz lo que quieras... yo te he advertido. Si te agrada correr tras él...

—Nadie puede suponer que yo tenga tanta prisa por verle...

—Lo supondrá él.

—¿Es tonto acaso?

—Yo no digo eso; tú podrás juzgarlo; pero tiene bastante presuncion y debes haberlo conocido.

—Sí, tiene presuncion; pero de la presuncion á la tontería hay alguna distancia. Habladme de ese jóven, padrino, puesto que estamos solos. Renunció á hacer por mí lo que tenia que hacer hoy, puesto que no os parece bien. Me volveré diciendo que

Suzon está cansado y no quiero hacerle andar hoy. Pero hablemos un poco, puesto que nos hemos encontrado tan oportunamente.

—No es casualidad por mi parte... te acechaba.

—¿A mí? ¿De veras?

—Sí, á tí. Te debo consejo y proteccion hasta el momento en que me digas:—Ya conozco á ese jóven; me conviene.—Este momento llegará quizá esta tarde ó mañana. No creo que mi tutela sea de larga duracion al paso que Felipe quiere llevar las cosas.

—¿Creeis que yo le conoceré esta tarde ó mañana? Me suponeis una inteligencia que no tengo.

—Hija mia, tienes la pretension de ser torpe; pretension que es una pura coquetería.

—¡Ah!—esclamó Mariana, que escuchaba y examinaba á Pedro con una curiosidad más marcada que de costumbre.—Explicadme todo lo que creais de mí; deseo conocerme. ¿Decís que finjo ser torpe y no lo soy?

—Pedro se encontró embarazado por una pregunta tan directa y que no había previsto.

—Yo no he venido á hacer de tí un estudio anatómico ó psicológico,—contestó.—Mi título de padrino no me autoriza más que á preservarte de los peligros de fuera. Deseas que te hable de Felipe, acerca del cual te muestras más curiosa que de costumbre, tú, tan indiferente para todo. Pues, hija mia, nada tengo que decirte de él sino que es emprendedor y está resuelto á agradarte por todos los medios que estén á su alcance.

—¿Quiere agradarme? ¿Es que yo le agrado á él?

—Así lo dice.

—¿Pero lo piensa?

—No sé; yo no quiero suponer que ese jóven no te busque por tí misma.

—¿Qué os ha dicho de mí? No me conoce; no puede encontrarme bonita.

—Sí, te encuentra bonita.

—No puede creerlo, ¿no es verdad, padrino? Decid, os lo suplico.

Al hacer esta pregunta á Andrés, Mariana tenía la fisonomía animada, resuelta y temerosa á la vez; se ruborizó un poco, y su mirada adquirió un brillo singular. Era una verdadera trasformacion, de la cual Pedro se sorprendió mucho.

—Le amas ya,—le dijo,—porque estás linda y es él el que te da la belleza que no tenías.

—Si me da la belleza,—exclamó Mariana radiante de placer,—es un buen regalo que debo agradecerle. Yo siempre me he considerado fea, y nadie me ha desengañado.

—Nunca has sido fea... y yo no creo haberte dicho...

—¡Vos! ¡oh! nunca me habeis mirado, y por lo tanto no podríais saber la cara que yo tenía.

—Hé ahí la coquetería, Mariana. Siempre te he mirado... con interés.

—Sí, como un médico mira á un enfermo: creíais que yo no viviría... Ahora que me veis viva, ya no os inquietais por mí.

—Ya ves que no me he acostado esta noche por inquietud.

—Pero ¿qué inquietud? Veámos. ¿Qué peligros puedo correr con M. Felipe Gaucher? ¿No es un hombre honrado? A su edad no hay corrupcion profunda, y, por otra parte, yo no soy una niña que no sepa preservarme de las bellas palabras de un jóven.

—No hay, en efecto, más peligro que el de hacer hablar á la gente ántes de que tú te hayas decidido á dejar decir... tú, tan temerosa de la maledicencia, que no me permites entrar en tu casa...

—¡Oh! padrino, eso sería más grave. Ya sabeis que vos no os casaríais conmigo; vos no estais en el mismo caso que un jóven que quiere establecerse.

—¿Qué dices? ¿No me casaría yo contigo si hubiera tenido la desgracia de comprometerte?

—Sí, os casaríais conmigo por punto de honor, y yo no quisiera poneros en ese compromiso ni verme obligada á aceptar el matrimonio como una reparacion.

Las palabras de Mariana conmovían profundamente á Andrés. Detuviéronse ambos, ella casi metida en el agua en que Suzon había querido beber, y él apoyado en una piedra. El arroyo corría trasparente sobre la arena, á la cual parecía que no mojaba. Los árboles, espesos y revestidos de sus hojas nuevas, daban á los objetos un tinte verde-dulce en que se mezclaba el rosa del sol naciente.

—Mariana,—dijo Andrés pensativo,—estás verdaderamente hermosa esta mañana, y ese jóven, que puede vanagloriarse de haber sido el primero en descubrir tu belleza, debe tener un profundo desprecio hacia mí, que le he hablado de tí con la modestia que debe tener un padre cuando oye elogios de su hija. Te lo dirá ciertamente.

—Pues bien, decidme qué debo creer.

—Debes creer que un hombre en mi posicion no debia mirarte con los ojos de un pretendiente, y que no es ridiculo por hacerse justicia. Tú parece que me censuras el haber estado ciego por descuido ó por indiferencia; pero ¿no puedes suponer que mi ceguera proceda más bien de honradez de corazón y de respeto?

—Gracias, padrino,—contestó Mariana con una alegre sonrisa;—no me habeis herido nunca con vuestra indiferencia. Me importa poco que no se me encuentre bella, con tal que me quieran, y yo estoy segura que siempre me habeis querido. Si M. Gaucher no es buen partido para mí, vos me lo direis y yo haré lo que vos querais.

—Esperemos á esta tarde, Mariana: si te agrada, todo habrá cambiado y no me pedirás consejo.

—Pudiera agradarme y desagradaros á vos. Pues bien: si me gusta, tanto peor, porque estoy resuelta á seguir vuestra opinion.

—Te burlas, hija mia; si te conviene, claro es que me agradará.

Mariana cambió de fisonomia, volviendo á ser la jóven fria á que Pedro estaba acostumbrado. Parecía que la resignacion de su padrino la molestaba, y que, cansada de querer provocar en él un arranque del corazon, renunciaba de nuevo, y esta vez para siempre, á ser amada por él.

—Puesto que me dejais en tan completa libertad de espíritu, me interrogaré á mí misma. Hasta la vista, padrino.

La jóven iba á volver sobre sus pasos cuando Pedro, impulsado por un movimiento violento, cogió la brida de Suzon, exclamando:

—¡Mariana! ¿Me dejas con esa helada frase?

—Pues bien, padrino,—exclamó Mariana dulcificando su entonacion,—¿qué frase debo decir?

—Una palabra de afecto y de confianza.

—¿No os la he dicho ya, prometiendo no casarme contra vuestro gusto?

—¿Y no comprendes que yo no puedo aceptar tu sumision como un sacrificio?

—Quizá no fuera un sacrificio: ¿quién sabe!

—¿Quién sabe? ¡Ah, sí! tú no sabes nada todavía.

Intimidado y desanimado en el momento en que iba á dejar desbordar su emocion, soltó Pedro la brida de Suzon y bajó la cabeza, pero bastante de prisa para ocultar á Mariana dos lágrimas que asomaron á su ojos.

XVIII.

—¡Al fin!—exclamó Mariana regresando á su morada.—Ahora me parece que veo claro. Bien he creído que no me amaría nunca. ¿No ha pensado y escrito que el matrimonio es una tumba y que nunca se contentaría con una dicha tranquila y segura? Sin embargo, ha experimentado pesar al verme dudar. ¿Qué carácter tan singular, y cómo duda de todo!

Mariana entró en su casa y se encerró en su cuarto, presa de una agitacion que no había experimentado nunca. Era sincera consigo misma, y reconocía que su encuentro con Felipe le había turbado un poco, y que, dejándose llevar del instinto, podía sentir algun placer al verse apreciada por el desconocido.

—Estas personas decididas,—decía la jóven,—se dan á conocer enseguida, y hay que agradecerles que ahorran los tormentos de la duda. Pedro tiene respeto hácia mí; eso es bueno, pero es demasiado. ¿Quiere que yo me anticipe á él? ¿No está en el orden natural de las cosas que el hombre tenga la iniciativa?

Mariana se sentía impulsada y como reclamada por una pendiente muy lógica y muy verdadera, la que lleva al sexo débil á estimar ante todo en el sexo fuerte las resoluciones que caracterizan la virilidad. Se había estremecido de placer cuando Pedro cogió con autoridad la brida de su caballo para retenerlo; pero Felipe no la hubiera soltado, y Pedro sólo había tenido una veleidad de ánimo. Sin embargo, Felipe no hubiera vertido las dos lágrimas que Pedro no había podido retener.

—Quizá su timidez sea la consecuencia forzada de la mia,—se dijo Mariana.—Nunca he sabido decirle una palabra, ni dirigirle una mirada que le hiciera comprender que yo deseaba su amor. Soy muy altiva, y él me cree indiferente ó estúpida. ¿Me amaría francamente si yo fuera coqueta y un poco atrevida? ¿Quién sabe?

Pedro había tomado el camino de Dalmor, sin pensar ya en vigilar á Felipe; sus lágrimas corrían lentamente sin apercibirse de ello.

—Mi destino se ha realizado,—decía,—y para coronar la historia de mis aberraciones, héme aquí amando una vez más lo imposible. Mientras Mariana ha sido libre y me ha parecido indiferente, no he pensado en ella; y ahora que se presenta un rival que tiene todas las probabilidades contra mí, me siento celoso y desesperado. Soy un verdadero loco, idiota; porque en el momento en que debería hablar, observo más que nunca que me es imposible pedir amor.

Encontró á su madre levantada y preparando el desayuno. Le refirió la entrevista que acababa de tener con Mariana, y añadió:

—Sí, madre mia; es coqueta, te lo aseguro, y cruelmente burlona. Quisiera impulsarme á decirle que yo estaba enamorado de ella; tenía necesidad de este triunfo ántes de vengarse. Esta tarde ó mañana se hubiese reido de mi tontería con su futuro.

La señora Andrés intentó en vano disuadirle, y llegó hasta asegurarle que la pequeña vecina no había amado nunca más que á él, y que le esperaba hacia cinco ó seis años; pero como la anciana no podía afirmar que tenía las pruebas de sus palabras en las confidencias de Mariana, Pedro rechazó toda esperanza, sin querer confesar que su corazon estaba totalmente comprometido. Entonces su madre le dijo:

—Pues bien, resignémonos, y si ese matrimonio nos contraría, al menos podremos decir que no hemos querido impedirlo.

Felipe llegó á la hora del almuerzo y le hizo honor. Refirió en seguida á Pedro que había dado muchos pasos inútiles para encontrar á Validat y que había ido á colocar su gran corona de madreselvas en la puerta de Mortsang, pero que se había informado á tiempo del nombre de la localidad y de los

propietarios del castillo, que había ido más lejos sin encontrar más que un desierto de landas pantanosas, y que, por último, había regresado, llegando á las ocho de la mañana delante de una alquería muy fea, que iba á abandonar sin detenerse, cuando vió en un prado un caballo pequeño. Entró, pues, en el prado á través de las zarzas, y después de haber pasado la corona á través del cuello de Suzon, regresó triunfante, juzgando terminada felizmente su empresa y bien empleada la mala noche.

Pedro le contestó apenas, y para desembarazarse de él le aconsejó que fuera á dormir un rato á fin de que la falta de sueño no paralizara sus medios de seducción. Felipe aseguró que era capaz de pasar tres noches sin dormir, lo cual no le impidió ir á tenderse sobre el musgo y saborear las dulzuras del reposo hasta el medio día.

A las doce en punto llegó á la puerta del chalet de Dolmor el carricoche de Validat. La señora Andrés se había puesto su traje de seda, que todavía estaba en buen uso, aunque con diez años de servicio. Felipe se puso una levita negra del mejor corte y una vistosa corbata. Pedro no cambió nada á su traje de los domingos. La anciana subió al carricoche, y el marido de Mariquita se dispuso á llevarle al paso, marchando al lado del caballo. Felipe, sentado al lado de la señora Andrés, se empeñó en dirigir el caballo, pero no pudo conseguir hacerle tomar el trote.

Pedro había tomado la delantera á pié, y fué el primero que llegó á Validat; pero esperó para entrar la llegada del carricoche. El pesado vehículo entró magestuosa y lentamente por la barrera de cañas, deteniéndose en la puerta de la casa. Felipe encontró demasiado rústico su futuro castillo y se prometió cambiarlo todo. Mariana hizo entrar á sus huéspedes en la sala baja de la alquería, ni más ni menos que si se tratara de aldeanos del país. La joven tenía, sin embargo, su santuario al otro lado de la casa; pero no estaba dispuesta á permitir todavía la entrada en él á un extraño, y Pedro vió con placer que no concedía la entrada tan pronto á su huésped.

Después de haber abrazado á la señora Andrés, Mariana tendió la mano á su padrino, saludó sin timidez al convidado que le presentaban, y condujo en seguida á la anciana á su cuarto para que se quitara su chal y su velo. En aquel tiempo las burguesas pobres no usaban sombreros, y sólo se ponían un velo sobre su cofia de blanquísimo lienzo.

XIX.

Pedro se divertía con el disgusto que Felipe disimulaba mal por la sencillez y rusticidad de todo lo que veía. Mariana no había cambiado nada aparentemente de las costumbres de su infancia. Du-

rante mucho tiempo no había tenido otro salón que la gran pieza baja de la alquería, llena de ristras de ajos colgadas en el techo. Los aldeanos son muy limpios en aquella comarca, y si las gallinas y los patos penetran de vez en cuando en el interior, en seguida sale la mujer del colono armada de una escoba para arrojar fuera á los intrusos y borrar las huellas de su paso. Las camas y todos los muebles están muy limpios y relucientes; pero nada de aquello seducía al elegante parisien, que no veía nada que no fuera rústico y primitivo hasta la exageración. No le cabía en la cabeza la idea de un bienestar suficiente con aquellos medios, ni veía el medio de poder formar siquiera un estudio de pintor en aquel local sin luz y sin elevación.

Pero tenía delicadeza en medio de su petulancia, y se guardó bien de decir á Andrés una palabra que expresara su disgusto. Contentóse con preguntar si iban á comer en aquel sitio.

—Lo presumo,—contestó Pedro.—La señorita de Chevreuse tiene aparte un pequeño departamento, pero desde que lo ha arreglado yo no he entrado en él, é ignoro, por lo tanto, si tiene comedor. Creo que ella vive bajo un pié de igualdad completa con sus dependientes y come con ellos.

—¡Ah! ¿Es decir que vamos á comer juntos con todo el personal de la alquería? ¡Oh, es delicioso, es lo que llamo la verdadera vida del campo!

En aquel momento se presentó Mariquita á decir á Pedro que si deseaban dar un paseo por el jardín, encontrarían ya en él á la señorita con la señora Andrés.

—El jardín está detrás de la casa,—añadió Mariquita;—pero si los señores quieren pasar por las habitaciones de la señorita, no tendrán que dar la vuelta.

—Preferimos dar la vuelta,—contestó Pedro, á pesar de la curiosidad que tenía por entrar en las habitaciones de Mariana, pero deseoso de no enseñar el camino á su compañero.

Pasaron por detrás de la alquería y entraron en el jardín de Mariana, donde encontraron la mesa puesta en el pequeño parterre abrigado delante de la puerta que comunicaba con las habitaciones de Mariana. La puerta estaba abierta de par en par, y sin entrar, porque no había nadie, vieron un pequeño salón pintado de blanco y barnizado de nuevo.

Los muebles eran de la época de Luis XV, y estaban colocados con gusto y coquetería. Con un esfuerzo de memoria reconoció Pedro aquellos muebles y aquella pieza que había visto en tiempo del padre de Mariana. Esta había tenido el buen gusto de apreciar estos vestigios de otro siglo y de hacerlos restaurar. El suelo estaba cubierto por una alfombra de tintas dulces. Por todas partes se veían flores y ramos.

—¡Oh, esto es magnífico!—exclamó Felipe.—Ya sabía yo que era artista.

—¿Cómo lo sabías?—le preguntó Pedro, que en el fondo estaba más sorprendido que él.

—Eso se conoce fácilmente en la mujer al primer aspecto, sin poder definirlo. Mariana tiene el tipo de duquesa.

—¿Qué tipo es ese? Yo no soy como vos; sin duda he visto poco mundo.

—¿Y por eso estais hoy de un humor tan malo?—exclamó Felipe riendo.

JORGE SAND.

(Concluirá.)

DISPUTA

ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO,

SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.

NOTAS.

(a) EL ELEMENTO VASCO EN LA HISTORIA DE VENEZUELA, por *Aristides Rojas*.—Folleto en 4.º de 42 páginas.—Caracas, imprenta Federal, calle de Carabobo, 68.—1874.

(b) LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE, por *Miguel Luis Amunátegui*, miembro de la facultad de Filosofía y Humanidades.—Tomo I (de los tres en 4.º que forman la obra), páginas 195 y siguientes.—Santiago, imprenta de la República, de Jacinto Nuñez.—1870.

(c) MEMORIAS PARA LA HISTORIA DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN EL PERÚ, por el general Campa.—Tomo I (de los dos de la obra), Introducción, página VII.—Madrid, Sociedad tipográfica de Hortelano y compañía, editores, Pasadizo de San Ginés, núm. 3.—1846.

NOTA PRIMERA.

FUNDACION DE POTOSÍ, SUS BANDOS Y SUS GUERRAS CIVILES.

I.

Antes de hablar de las civiles guerras que entre castellanos españoles y vascongados españoles hubo en la villa imperial de Potosí, á que el autor del manuscrito se refiere, bueno será dar alguna idea de la renombrada villa y del famoso cerro peruano que tanta plata dió al mundo en los siglos XVI y XVII.

Cuéntase acerca del nombre de este rico cerro (1)

* Véanse los números 117 y 118, páginas 441 y 497.

(1) *Historia de la villa imperial del Potosí*, por D. Bartolomé Arranz de Ursua y Vela. Manuscrito de la Biblioteca del Real Palacio. Dos tomos folio, libro III, cap. VIII.

que unos años ántes de la llegada de los españoles al Perú, regresando el Inga Guayna-Capac de una guerra contra los *guaraníes*, á quienes había vencido, y hallándose próximo de Conque-Porco, á siete leguas de Potosí, dispuso que una seccion de su ejército fuese á labrar las minas que le aseguraron existir en este punto. «Así lo hicieron, dice el manuscrito, y habiendo traído (las tropas) sus instrumentos de pedernal y de madera fuerte, subieron al cerro á cumplir el mandato de su rey, y al empezar los trabajos oyeron, acompañada de pavoroso estruendo, una voz cavernosa que decía: *No toqueis la plata de este cerro, porque es para otros dueños.*» Asombrados los indios por tan extraño aviso, abandonaron el cerro; volviéronse á Porco, dijeron al Inga lo que había sucedido, y refiriendo el caso en su idioma, al pronunciar la palabra estruendo, decían *Potoxi*; y de aquí se derivó (corrompiendo una letra) el nombre de Potosí que ha llegado hasta nosotros.

Nada dice la historia de que el Inga confirmase su orden de explotar aquellas minas, y debe, por tanto, suponerse que tuviera por hecho cierto la fábula que le refirieron, cuya invencion bien pudiera atribuirse á alguno de sus guerreros, más deseoso de volver á las dulzuras de la familia que de remediar las fatigas de la guerra, buscando en el cerro plata para su rey. Lo del estruendo, sin embargo, no se resiste á creer, por la frecuencia con que en ciertas montañas de América suelen estos fenómenos producirse.

II.

No deja de ser curiosa, entre otras, una de las versiones que por los analistas del siglo XVI se dan sobre el descubrimiento de las renombradas minas de Potosí (1). El padre jesuita Juan Luis Zamora, que con gran asiduidad se dedicó á hacer estas diligencias, obtuvo dichosamente de sus averiguaciones que, por el año de 1544, dos indios llamados Guanquillo el uno y Chanquillo el otro, que desde Cochabamba conducían al asiento de las minas de Porco costales de maíz sobre llamas ó carneros de la tierra, llegaron cierta tarde al pié del cerro de Potosí, donde se detuvieron á sestear y pasar la noche. En tanto que descargaban las acémilas, se escapó por el cerro arriba una de las llamas que para rêmudas llevaban sueltas, con sólo costales vacíos sobre el lomo, en cuya busca partió Guanquillo así que hubo terminado la descarga, no pudiendo recobrarla hasta lo más elevado de la sierra.

Como estos indios se vieron obligados, desde que

(1) Inscripción de lo que ha sido y es de presente la villa imperial de Potosí en el reino del Perú, etc. Manuscrito inédito del siglo XVIII, adquirido para la biblioteca del Consejo de Estado, por su presidente el Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.

los españoles invadieron el Perú, á conocer los metales preciosos, por haber encontrado en ellos el mejor medio de congraciarse con los conquistadores, no debe extrañarse que la atención de Guanquillo se fijara en la gran cantidad de gabarros de plata en que tropezó durante la persecución del fugitivo llama, ni que, al alcanzar á éste, llenase de aquellos gabarros el costal que la bestia encima llevaba. Rgresó el indio al lado de su compañero, con quien volvió á examinar el mineral, y al día siguiente continuaron ambos su derrota á Porco, donde, haciendo ensayos por fundición, hallaron ser los gabarros riquísimos.

Sin revelar á nadie tan afortunado hallazgo, estuvieron los indios mucho tiempo repitiendo furtivamente sus viajes al cerro de Potosí; pero como al poco tiempo se hicieran reparables sus gastos y franquezas, y conociesen que otros indios, y áun algunos españoles, estaban de sus pasos cuidadosos, retrajéronse bastante, y despues de cierta diferencia entre ambos, tuvieron que regresar á la ciudad de la Plata ó Chuquisaca, en donde sus amos eran vecinos y encomenderos.

Guanquillo comunicó á Juan de Villarroel, natural de Medina del Campo, que era el suyo, la noticia del descubrimiento, y Chañquillo participó lo mismo á un Fulano de Quijada, de quien dependía, los cuales enviaron desde luégo gente de inteligencia al cerro de Potosí para cerciorarse de la verdad; y acreditada esta, fueron allá desde Chuquisaca 65 españoles para poblar aquel punto y disfrutar de los metales que pronto les enriquecieron. La primera cisura que en el cerro se abrió para sangrarle fué en una veta de metal que denominaron de Centeno, por dedicarla al famoso capitan Diego de este apellido, que á la sazón se hallaba en la ciudad de la Plata, y se encontró en el propio punto donde Guanquillo recogió los primeros gabarros; y despues fueron descubriéndose y trabajando muchas y muy ricas minas más en todas las partes del cerro, de arriba abajo y en su circunferencia, con siguiéndose tan crecidas utilidades, que algunos años se contaron en aquella casa de fundición más de 9.000 barras de á 150 marcos de plata fina, sin contar la destinada á vajilla de servicio y ornato de las iglesias.

El 19 de Abril de 1545 fué cuando se fundó esta nombrada población, con el título de villa imperial de Potosí, en una ladera del rico cerro, por aquellos 65 hombres; creciendo rápidamente con la afluencia de indios trabajadores, mestizos y forasteros tratantes, ya que no con el aumento de naturales hijos de gente blanca, que no prevalecían por ser víctimas en su más tierna edad de los vientos secos é intenso frio; teniéndose á la sazón por cierto que sólo el interés de la plata hacía que el país fuese

habitado. D. Juan de Villarroel, á quien algunos analistas tienen por fundador de la rica villa, como el primero que en ella ejerció autoridad, gobernó aquella colonia, declarada muy pronto dependiente del cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de la Plata, al cual estuvo sujeta los diez y seis años que siguieron al de su fundación. A Potosí iban entónces los regidores de aquella ciudad á hacer las elecciones de ministros y oficiales de justicia, y habiéndose promovido en una de estas elecciones cierta reyerta, de que resultaron muertos dos electores en la casa del ayuntamiento, se trató de evitar la repetición de tales escándalos, y al efecto fueron designados, para arreglar el asunto cerca del virey del Perú, el licenciado Bribiesca de Muñetonés y Diego de Vargas Carvájal. Trasládéronse estos comisionados á Lima y consiguieron que el virey don Diego Lopez de Zúñiga y Velasco, conde de Nieva, mediante un beneficio para la Real Hacienda de 112.000 pesos corrientes de á ocho, autorizase á Potosí para constituir municipalidad, cabildo y regimiento independiente. Aprobada esta medida por el rey D. Felipe II, y comprados los oficios por muy crecidas cantidades de dinero, empezó la imperial villa á regirse por sí desde el 21 de Noviembre de 1561.

Durante el tiempo en que Villarroel gobernó el nuevo poblado, fué tanta la gente que la fama del rico cerro atrajo á Potosí, que en Marzo de 1547, dos años despues de su fundación, el crecido número de soldados ociosos que había, llevó allí á Alonso de Urbina, partidario y comisionado de Gonzalo Pizarro, quien desde Chuquisaca pasó á la imperial villa á contratar soldados de aquellos para que engrosaran las huestes con que el hermano del conquistador del Perú se oponía al establecimiento de las Ordenanzas (dictadas por el emperador Carlos V á instigación de Fr. Bartolomé de las Casas), encomendado al virey Blasco Nuñez Vela, y al cumplimiento de las provisiones reales que allá llevó seguidamente el licenciado Pedro de la Gasca. Enterado Villarroel en Paspaya, cuyo territorio se hallaba pacificando, de la misión que á Potosí había llevado Urbina, escribió á éste manifestándole su propósito de oponerse á los traidores capitaneados por Pizarro; y abandonando la reducción de los indios que allí le tenía, regresó á Potosí, encendió el pueblo contra las gentes reunidas por Urbina, y desordenándolas, matando en la refriega hasta cuarenta caballeros y ochenta indios que defendían á los partidarios de la traición, selló por primera vez aquella lealtad á los reyes de España jamás alterada en Potosí ni áun disminuida en el ardor de sus luchas civiles.

III.

La promovida por Urbina fué la primera de la larga y sangrienta serie que con cortas interrupciones sufrió la imperial villa en el trascurso de más de un siglo: luchas que debían ser frecuentes de precision donde el desperdicio de la prosperidad y de la riqueza sostenía abundante vagancia y no escasos criminales. De este repugnante residuo social salían venganzas como la del soldado Aguirre en el juez Esquivel (1); de él las alteraciones, sangrientos encuentros y pependencias reñidas, no sólo entre soldados con fama de valientes, sino entre mercaderes y tratantes, y aún de aquellos vendedores que se llamaron pulperos por venderse en sus tiendas pulpos secos, y él inició los bandos que no pudieron á poco los corregidores, los Justicias ni las diligencias de los predicadores evitar y contener, y que obligaron un tiempo á las autoridades á prohibir, bajo duras penas, que nadie se mezclase con los desafiados y contendientes, siempre que ventilasen sus diferencias fuera de las poblaciones, cuya tranquilidad alteraban.

Llegó por el año de 1552 á Potosí un Basco Godinez, caballero de los de poca estima, que á la América pasaban á adquirir suma de plata, quien cuando tuvo alguna reunida dió en solicitar inquietudes, en las que pronto tomaron parte la mayoría, si no todos los 400 soldados que, despues de castigada por Gasca la traicion de Pizarro, se hallaban en aquella villa viviendo á costa de los ricos mineros y en el merodeo para satisfacer sus necesidades y vicios. Propúsoles el turbulento Godinez «que bien sería ejercitar la vida soldadesca, aunque fuese los unos contra los otros, porque haciéndose al ocio, cuando los llamasen para nuevas entradas y conquistas, no estarían de ningun provecho;» y aceptada la idea, comenzaron los soldados á andar belicosos y en diarias pependencias singulares, no sólo entre sí, sino aún con mercaderes y tratantes, á quienes pronto atrajeron á sus absurdos entretenimientos.

Uno de estos, que puede tenerse por primera manifestacion de los bandos en que se dividieron los españoles oriundos de las distintas provincias, tuvo efecto en el mes de Febrero, domingo de Carnestolendas. Formáronse para el caso dos cuadrillas, una de castellanos, extremeños y naturales de Indias, hijos de español, y otra de andaluces, vascongados, algunos portugueses y extranjeros, quienes con tal ardor lucharon en el sitio del Arenal, que entre ambas cuadrillas tuvieron 26 muertos y más de 60 heridos (2). Otra contienda, no ménos

reñida aunque no tan numerosa, tuvo lugar en Cunturmarca el mes de Agosto del mismo año, entre seis mercaderes de cada parte, y otras varias pependencias siguieron á esta; mas como á ellas sucediesen de ordinario asesinatos y venganzas particulares, determinaron, para evitar éstos, hacer un desafio «*que fuese de los de más nombre*» entre todas las naciones ó hijos de las provincias de España que en la villa estaban avecindados.

Para que aquellas absurdas matanzas se verificasen con cierto orden, nombráronse de uno y otro bando caudillo ó general, capitanes y cuantos oficios se consideraron necesarios; y arreglados ya estos preliminares, el 20 de Noviembre se acordó el punto de la cita para el siguiente dia. Atareados andaban en preparativos los lidiadores, é impacientes por lucir sus vistosos trajes y probar sus bríos en la contienda, y reuniéndose en corrillos, tenían sus tertulias, donde anticipadamente se gozaban unos y otros en el triunfo de su respectivo bando.

Hallábanse en una de estas reuniones varios castellanos, andaluces y extremeños, cuando entraron en la casa Sancho de Orduña, Pedro de Ibarchabal y otros vascongados, y tomando parte en la conversacion, el Orduña dijo: «Que al dia siguiente se había de reconocer que el valor de la nacion vascongada aventajaba al de todas las naciones del mundo, como en todas partes estaba probado.» Picados los andaluces, respondieron á esta provocacion con palabras no ménos agresivas, á las que el vizcaino replicó dando con el puño cerrado en el rostro de un andaluz. Los compatriotas de éste y los extremeños, no pudiendo sufrir tan brusca acometida, sacaron las espadas para castigarla; y á la voz de «mueran los vizcainos» se generalizó la lucha entre todos los presentes, de que resultaron allí mismo tres vascongados muertos y varios castellanos heridos. Agrupados en un solo bando los de estas dos naciones, salieron á la calle pidiendo auxilio á sus amigos y parciales, seguidos de los contrarios que igual favor pedían á los suyos, y engrosándose las fuerzas de ambos grupos con cuantos para el siguiente dia se estaban alistando, anticiparon así la hora de la lucha, y pronto la contienda, convertida en verdadera batalla, llenó la poblacion de numerosas víctimas.

Larga empresa sería la de referir todos los desafios particulares, contiendas y luchas colectivas que diariamente ocurrían en Potosí. Toda fiesta local, cualquier suceso extraordinario ó noticia favorable recibida de Lima ó de la Metropolitana que obligaba á manifestar público regocijo, terminaba de ordinario con las escenas sangrientas que producían los combates parciales ó los torneos con que aquellos rapsodistas de los grandes capitanes de Flandes y de Italia creían mejor y más dignamente celebrar

(1) Véase en la nota 13, Lope de Aguirre, el hecho referido por Arranz de Ursua, Garcilaso de la Vega y otros.

(2) Arranz (obra citada), lib. III, cap. II.

los prósperos sucesos de la patria. Y sólo cuando alguna tiranía ó levantamiento contra las autoridades legítimas, como las de Gonzalo Pizarro, de Sebastian de Castilla, de Basco Godinez ó de Francisco Hernandez Giron, ó cuando las agitaciones de los indios ú otros análogos motivos alejaban de Potosí la gente ociosa y aventurera; sólo en aquellos cortos períodos descansaba la rica villa y dedicaba todas sus fuerzas al desarrollo de su prosperidad.

Una simple niñería ó disparatada mocedad, como dice Arranz de Ursua, renovó los sangrientos bandos el día que con fiestas públicas celebraba Potosí la elevacion al trono del rey D. Felipe II. Hallábanse en la esquina del Contraste dos alemanes, cuando próximos á ellos pasaron el capitán Diego Lopez y el maestro de campo Padilla, y para mortificar á éste, viejo y agobiado, tiraron á los piés de su caballo un cordel enovillado, que envolviéndosele detuvo su carrera y le derribó al suelo con el jinete. Presuroso se apeó y fué el capitán Lopez á favorecer á Padilla, mientras su amigo el alférez Acevedo y otros portugueses y extremeños, indignados por aquella accion, arremetieron á los alemanes, contra quienes acudió luégo también el maltratado Padilla, que se vengó matando á uno de los agresores.

Estos, como todo el que allí se defendía, hallaron inmediatamente auxiliares en los amigos de contiendas, y apoyados por varios catalanes y soldados de otras provincias, hicieron frente á los extremeños, portugueses y castellanos que el maestro de campo capitaneaba, y enardecieron la refriega, que sólo consiguió contener momentáneamente con sus exhortaciones el licenciado Polo de Ondegardo, que por ausencia del mariscal Alonso de Alvarado se hallaba á la sazón ejerciendo autoridad en Potosí. Mas recogidos los siete muertos y 30 heridos que en el primer choque resultaron, trasladóse á las afueras de la villa el campo de la lucha, que llevaba trazas de convertirse en prolongada guerra civil; y no hubiese sin duda terminado tan pronto á no impedirlo una copiosa nevada de once días y las medidas enérgicas y duros castigos que acordó el virrey, marqués de Cañete, al tener noticia de aquellos escándalos.

Cuatro años disfrutó Potosí de los saludables efectos producidos por el eficaz remedio que el virrey empleó para contener las belicosas aficiones de los españoles más inquietos. Al cabo de este tiempo hubo cierta alteracion al verificarse las elecciones de concejales en 1563, que tras algunas desgracias dispuso los ánimos para nuevas contiendas. Siguióse dos años después á este otro alboroto, que respondía á la provision de la Audiencia de Chuquisaca ó la Plata (*Chocce-chaca*, ó sea Puente de oro), que dispuso el desarme de las cuatro naciones abanda-

lizadas, á la cual se opusieron decididamente los andaluces y portugueses, que sufrieron por esta desobediencia duros destierros. Al año siguiente de 1565, la desmedida codicia del general Carrion armó la mano homicida de los hermanos Guevara, que, asesinandole, creyeron interpretar rectamente el sentimiento público. Y originando este suceso hondas divisiones entre los partidarios de los asesinados y los que se inclinaron á obedecer las órdenes de la Audiencia de la Plata que los perseguía, presentó de nuevo dos bandos próximos á acometerse, el uno formado por castellanos, andaluces y vascogados, y el otro con los extremeños, portugueses y criollos.

No se riñó por fortuna en aquella ocasion ninguna sangrienta batalla, á pesar de encontrarse huérfana de justicia la villa de Potosí, puesto que de los dos alcaldes ordinarios que la gobernaban interinamente, eran el uno andaluz y portugués el otro, que aplicaban la ley segun convenia á los intereses de los compatriotas respectivos; y el mantenimiento de la paz se debió principalmente á las acertadas disposiciones y buenos oficios del licenciado D. Lope Garcia de Castro, quien desde Lima consiguió hacer generales amistades, que los tranquilos vecinos de Potosí le agradecieron, enviándole gran cantidad de plata para la Cámara Real.

Mas no fué larga esta tregua, que se rompió por los mercaderes en 1568 al exigirles el pago de seis pesos por ciento de alcabala, contra cuyo impuesto protestaron, atacando al tesorero de la Real Hacienda, aunque nada de provecho consiguieron; porque afectando la medida á una sola clase, permanecieron las demas quietas y al lado de la autoridad, que al verse así apoyada castigó públicamente á los alborotadores. Estos, que se vieron lastimados, reuniéronse para atacar al corregidor, general don Pedro de Avendaño, y capitaneados por Leon Morla, salieron de Potosí, y cercando la villa la incomunicaron tan en absoluto, que el corregidor creó una Santa Hermandad para limpiar los caminos de traidores, y reunió la gente adicta, con la que desbarató la de Morla, haciéndole muchos prisioneros que inmediatamente mandó ahorcar.

Tan saludable fué este castigo, que por muchos años se disfrutaron sus buenos efectos, durante los cuales, y por las medidas del virrey D. Francisco de Toledo, que visitó á Potosí, creció la prosperidad de la villa y se emprendieron obras de ornato y de utilidad, como la ereccion, en la gran vía abierta entre la poblacion española y la india, de los ingenios de la Rivera movidos por las aguas que de la sierra condujeron allí para ahorrar fuerza de sangre en la elaboracion de los minerales.

Gozando de los bienes de la riqueza pública estaba Potosí cuando por haberse enardecido la guerra

en Chile mandó el virey D. Martín Enrique al Justicia mayor de Potosí que designase 200 españoles para ir á guarnecer los presidios del alborotado territorio. Desempeñaba á la sazón el cargo de Justicia mayor D. Martín García Oñes de Loyola, quien no estaba en buenas relaciones con los extremeños y andaluces por cierto alboroto en que tuvo que sentir; y aprovechando la ocasión para mortificarles, eligió cien individuos de los de estas provincias y cien de las demas, entre los vecindados en la villa imperial, para que fuesen á prestar aquel servicio. La desigualdad en el repartimiento irritó, como era de esperar, á los andaluces y extremeños, quienes por ser desatendidas sus reclamaciones alborotaron la población, y unidos á los criollos trataron de imponerse. El general Loyola dispuso la prisión de algunos, cuyos amigos pidieron tumultuariamente su libertad; mas Loyola, que contaba con el apoyo de sus adictos vascongados, de algunos castellanos y ciertos criollos, determinó resistirse vigorosamente.

Sabido esto por los presos, y enterados de que en la habitación situada encima de la que les servía de cárcel conservaba el Justicia mayor doce quintales de pólvora, quisieron aprovecharse de ella para conseguir la libertad y su venganza. Al efecto, perforaron el piso de tabla que del depósito de pólvora les separaba; aplicaron mecha á una de las cajas, que al estallar con las otras en espantosa explosión comunicó el incendio á todo el edificio; valiéndose los presos de aquella confusión para huir mientras sus partidarios apoyaban la fuga atacando á la guardia del general Loyola. Reunidos todos, salieron al campo provocando al general á una batalla; mas éste, que se veía impelido á cumplir las órdenes del virey, reunió los doscientos hombres entre vascongados, castellanos, criollos y algunos portugueses, á los que condujo él mismo hasta el puerto de Arica en Diciembre de 1581, y los extremeños y andaluces, al verse libres de aquella carga, volvieron pacíficamente á sus hogares.

Motivo fué este bastante para resucitar la amortiguada saña de los bandos, que casi diez años habían estado sin hostilizarse. No poco contribuyó á ahondar las divisiones el nombramiento que hizo Loyola en la persona que durante su ausencia había de gobernar en Potosí, eligiendo para el caso al alcalde ordinario Diego de Armendi, «vascongado y no de muy buena intención», según dice Arranz de Ursua, quien, deseoso de vengarse de los que habían eludido servir en Chile, empezó á excitarlos con graves molestias á pesar del perdón que ántes de su partida y para atraerlos les había concedido el general Loyola. Prudentes los extremeños y andaluces, rogaron al gobernante interino que no renovase las disturbios que Loyola había logrado aquie-

tar; pero terco Armendi en su propósito, reunió á sus compatriotas vascos, los castellanos, y algunos extranjeros para castigar duramente á los que por contrarios tenía.

Tan públicos fueron estos preparativos de venganza, que enterado el virey envió á Potosí corregidor propietario, á quien salió á recibir fuera de la población el alcalde Armendi, escoltado por numerosa hueste vascongada, para inclinar su ánimo en contra de los intereses de extremeños y andaluces. Estos, que en la plaza de la villa esperaban la nueva autoridad para prestarle acatamiento, lo verificaron con el mayor orden, y al retirarse á sus casas, quedaron algunos extremeños curiosos, en quienes Armendi quiso vengarse, ya que del corregidor no había podido conseguir que atendiese sus indicaciones. Para ello trató de prenderlos, y al enterarse los extremeños se apearon de sus cabalgaduras, y espada en mano arremetieron á los vascongados á las voces de «viva el Rey y mueran los tiranos mentirosos.» Defendiéronse los vascongados con espadas y pistolas, y no cesaron, á pesar de ver caer muertos al alcalde Armendi y al alguacil mayor, autores de aquella lucha: los andaluces acudieron luego en defensa de sus amigos: el corregidor se dirigió cuando lo supo al punto del combate, donde fué gravemente herido, y sólo pudo aplacarse aquella contienda, que ya contaba más de veinte muertos entre vascongados y extremeños, tocando las campanas á arrebató y saliendo en procesion de los conventos los religiosos de todas las órdenes.

Irritado el General Corregidor con aquel grave escándalo y por la herida que recibió, tomó enérgicas medidas para castigar duramente á todos los abandalizados, y creó una guardia para su persona; demostrando, al elegir treinta vascongados y veinte criollos, que alguna huella habían dejado en su ánimo las indicaciones del alcalde Armendi.

Comprendido así por los extremeños y andaluces, estrecharon sus filas; atrajeron á su bando á los más nobles, los más ricos y los hombres de más valer que en Potosí residían, y perfectamente armados convidaron al general á reñir una batalla. Este, para desbaratarlos, ordenó entonces que cuantos se tuviesen por leales al Rey fueran á acuartelarse al edificio de los Cajas reales, cuyo mandato obedecieron hasta quinientos entre vascongados, criollos, portugueses y extranjeros; y aunque los otros se tenían por tan leales cuando ménos, no acudieron, temiendo una celada.

Llegada la noticia de estos disturbios á la Audiencia de la Plata, envió comisiones respetables para evitar mayores conflictos, que nada consiguieron, como nada se obtuvo con las fiestas y funciones públicas que se celebraron para calmar los excitados ánimos. Diarios desafíos manifestaban el estado de

los bandos, y decididos uno y otro á terminar la inquietud pública con una sangrienta batalla, salieron al campo para reñirla.

Tres veces, en cinco horas de lucha, fueron unos y otros vencidos y vencedores, y rehechos los extremeños y andaluces al cabo de este tiempo, se aprovecharon de un raro incidente para dar á la refriega nuevo giro.

Un Martín de Gosueta, vascongado, que servía en la guardia del Corregidor, estaba á la expectativa de las órdenes que éste le comunicase, y viéndole revuelto en lo más enardecido del combate, dijo á los vascongados, sus compañeros de la guardia, «que pucs el tiempo daba tan buena ocasion, arremetiesen juntos á los veinte criollos y los matasen á todos.» Aún no lo había acabado de proponer, cuando con grande infidelidad acometieron los treinta vascongados á los veinte criollos á los voz de «mueran los traidores mestizos.» Estos trataron de defenderse y ofenderlos, y al rumor de la nueva refriega se desprendieron de la otra muchos soldados, acudiendo cada uno á la nacion que aquellos combatientes pertenecian. Aumentóse, por tanto, la confusion y la mortandad: el General Corregidor recibió dos mortales heridas, y su caballo desbocado le llevó á morir al Cerro de Munay-Pata, en una choza de indios; y cansados de luchar unos y otros, pusieron fin á aquella absurda matanza, de que resultaron más de cien muertos entre uno y otro bando y numerosísimos heridos.

A estas *insolencias y demasías escandalosas*, que por desgracia no tuvieron término en tan sangrienta batalla, se refiere la introduccion de la disputa entre el castellano de Búrgos y el vascongado, que voy anotando.

(Continuará.)

Z...

LOS IDIOMAS AMERICANOS.

I.

Una de las cosas que más llaman la atencion de los hombres reflexivos al engolfarse en el estudio de las ciencias antropológicas, en cuanto se relaciona con el hombre indígena de América, es sin duda alguna la multitud prodigiosa de los idiomas que eran peculiares á los naturales de tan diversos y dilatados territorios; y no sorprende ménos ciertamente el encontrar majestad, elegancia y cultura en no pocas de tales lenguas, habladas por hombres de las más rudas costumbres y modo de vivir tan primitivo.

Porque, como si el Nuevo Mundo hubiese sido destinado para ofrecer una no interrumpida serie

de contrastes, es un hecho, por más que no se explique, que «son los lenguajes de los indios tan regulares y expresivos de los conceptos, como la más cultivada lengua de nuestra Europa,» haciendo nuestras las frases del erudito jesuita reverendo José Gumilla, en su precioso libro *El Orinoco ilustrado*, cuyo celoso misionero poseía varios idiomas y algunos dialectos de los indios de aquella region.

Que si nada extrañó fuera entre los cultos Incas y entre los súbditos del Imperio de Moctezuma la posesion de lenguas más ó ménos abundosas y pulidas en armonía con su mayor adelanto, no puede ménos de admirar que tribus salvajes que vivían en el Paraguay, Brasil y otras regiones, gentes, en fin, *sujetas á ningun modo de leyes, sin labranza, crianza ni cultura*, se expresasen, no obstante, en un lenguaje abundoso, lleno de majestad y de armonía; que así es el idioma Guaraní, y no mucho ménos rico y bello el Tupí.

Hé aquí la razon de que exclame admirado un jesuita frances con estas palabras: «¿En qué escuelas aprendieron en medio de sus bosques tan acertadas reglas de gramática, en que no falta un punto á la perfeccion de la frase, de los nombres, verbos, declinaciones y conjugaciones activas y pasivas? Sorprende, añade, la delicadeza, abundancia y facilidad de estos idiomas.»

Hecho es este capaz seguramente de confundir al hombre de mayor ingenio; hecho digno de severo estudio, aunque empresa asaz árdua y difícil, porque requiere, además de otras cosas, el conocimiento de muchos lenguajes que han pasado á la categoria de lenguas muertas, mediante la desaparicion de tribus. Por otra parte, las gramáticas, de muchas escritas, se han hecho muy raras.

Es tambien muy singular y notable que en todos los idiomas americanos se advierta la carencia de algunas letras consonantes, y no existe palabra que requiera tales letras. Pero no son en todos las propias letras las que faltan; y así sucede que miéntras algunos idiomas no tienen la *R*, en otros lenguajes no sólo la hay, sino que es de un uso comunísimo y de una pronunciacion muy marcada, como la *Betoya*.

Tanto se abusa de esta letra en la lengua *Betoya*, que la vuelve dura y escabrosa en demasía: v. g.:

Day raaquirra bicarru romé, robarraia barrorra-cajú (porque me hurtais el maíz os he de apalear).

Frase en que, además de lo difícil de tantas *rr*, está lo muy polisilábico de las voces. Al contrario de los lenguajes del Archipiélago filipino, plagados de monosílabos.

La lengua *Betoya* no tiene la *P*, y la *Situfa* carece de la *R*. Lo mismo acontece con la *Quichoa*, que no usa la *B*, *D*, *F*, *G*, y la *Guaraní* que carece de otras.

Pero aún no teniendo los sonidos correspondientes entre nosotros á letras determinadas, son los lenguajes idóneos para expresar en prosa y verso los más delicados y tiernos conceptos, adaptándose perfectamente á las transiciones del discurso más elocuente.

Bien se prueba, en cuanto al Guaraní, con las interesantes modernas poesías del Sr. Alencá; y puede verse en el *Tesoro de la lengua Guaraní* del Padre Antonio Ruiz de Montoya. De la *Aehagua*, una de las del Orinoco, dice Gumilla que es la más pronunciable, suave y elegante de todas las de aquella region.

Y á la vista de tan extraño contraste, nada hay de particular que el sabio-brasileño Sr. Velloso de Oliveira, exclame admirado en estos conceptos: «São as últimas reliquias de una sabiduría mais elevada e mais activa.» Y, á no dudar, son un monumento majestuoso que hace sospechar un pueblo más adelantado, aunque desconocido; que un idioma es también un monumento.

¿De qué otra manera se conciben tan preciosos idiomas en gentes que al tiempo de la conquista se encontraron en tan degradante estado?

Pero es lo particular que no en todas las nacionalidades indias hablaban lenguas de tan aquilatada índole. Bien cercanos á los Guaranís se encontraban los Chiquitos, y su idioma, bárbaro en extremo, ejercitaba sobremanera la paciencia de los que se empeñaban en la conversión de los naturales, y pocas veces lograban entenderlo algun tanto, segun su propio testimonio.

El jesuita aleman Schimidels vivió algunos años entre los Abipones y no pudo verter á su idioma el catecismo; tal es de difícil y raro.

Cuenta un jesuita que se aburría altamente al ver que, despues de muchos meses en la mision de *Casare*, no podía aprender el lenguaje ni hacerse entender de los indios; mas estas tribus eran las más escasas y ménos extendidas.

Así el Quichoa, el Aymara, el Guaraní, el Tupí, el Mexicano, el Muysca principalmente, y aún el idioma Sarura, el de los Hurones, están harto léjos de poder justificar la gratuita calificación que el célebre viajero Paw lanzó á todos los idiomas americanos en su libro titulado, algo demasiado pretenciosamente, *Investigaciones filosóficas sobre los Americanos*; obra que no se hace notar por la filosofía, ni por su espíritu rectamente investigador, como que, con un desenfado que sienta mal á los de su raza, acusa de *pobrisimas y escasas* á todas las lenguas del Nuevo Mundo. ¿Conocería algunas dicho autor?

Cierto que no se hizo esperar mucho una juiciosa y razonada réplica que, con datos concluyentes, le dirigió el sabio chileno Molina, en su *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*, en lo que atañe al idioma de los indigenas de aquel país.

Sienta también Paw que en punto á nombres numerales es mayor la pobreza de los idiomas que nos ocupan, pues que el más rico sólo podía contar hasta diez; palabras que otros han repetido.

Pero nótese que si en el Quichoa los vocablos de nombres numerales sólo alcanzan á los diez primeros, mas el ciento, que se dice *Pachac*, y el millon que es *Nunú*, no por eso dejan de poderse hacer todas las combinaciones imaginables para designar las cantidades; y el haber desconocido está circunstancia da una pobre idea de la ligereza con que ciertos escritores abordan asuntos que les son extraños casi por completo.

Así, por ejemplo, si queremos decir una, nos valemos de la palabra *Huc*; *Isca* equivale á dos; *Pichoca* significa cinco, y sucesivamente hasta diez, que es *Chunca*. Para expresar la cantidad 11, se hace tomando primero la palabra diez y luego la menor, una, y decimos *Chunca-huc*; para 12, *Chunca-isca*, y así sucesivamente. Llegando á 20, decimos *Isca-chunca*, es decir, dos diezes.

La voz *yoc* se adjunta á los nombres compuestos acabados en vocal, y la voz *nioc* (que significa posesion) se añade á la palabra acabada en consonante; por eso para significar 111, decimos *Pachac-chunca-huc-nioc*. De este modo muchísimas combinaciones que omito para no abusar de los lectores; pero adviértase que los nombres cardinales se varían con las partículas posesivas (1).

No se puede dudar que hay en estos singulares lenguajes americanos palabras que se equivocan mucho para todo otro oído que no sea el perspicaz de los indigenas, y que por lo rápido de unas lenguas en la pronunciacion, y por lo nasal ó por lo excesivamente gutural de otras, son de una dificultad casi insuperable al europeo.

Esto es verdad; pero no lo es tanto, aunque otra cosa se haya escrito, que ande en ellas muy escasa la moneda representativa de los conceptos, cuando hay períodos escritos en muchos de estos lenguajes que apenas pueden darse más hermosos.

Dice el Padre Chome en una epistola fechada en Buenos-Aires en Junio de 1732, é inserta en las *Cartas edificantes y curiosas de las misiones de la Compañía*, estas bien significativas palabras:

«Confieso que teniendo algun conocimiento de la lengua Guaraní, extrañé mucho hallar en ella tanta majestad y energía. Cada palabra es una definición exacta que explica la naturaleza de lo que se quiere dar á entender, y da de ello una idea clara y distinta. Nunca hubiera yo imaginado que en el centro de la barbarie se hablase una lengua que, en mi juicio, por su nobleza y armonía no es inferior á las que había aprendido en Europa. Tiene por otra parte

(1) El idioma chileno es mucho más rico.—Véase á Molina.

sus delicadezas y agrados, y pide muchos años para poseerla con perfección (1).»

Tiéndelas, con efecto, y no carecen de tales delicadezas otras lenguas americanas; pero de tal índole, que dando á estas una fisonomía, digámoslo así, *sui generis*, fuera larga tarea para un artículo su sola enunciación. No han reparado algunos críticos que en el *guichoa* basta mudarle el acento á una voz para que adquiera significaciones distintas; ni en otras construcciones singulares, que pueden verse en la gramática de F. del Canto, y en el estimable libro de nuestro erudito marino D. Antonio Ulloa, titulado *Noticias americanas*. Pero donde más resalta la originalidad de las voces del Guaraní y de otros lenguajes, es en el significado de las con que designan las plantas.

Allí todas son verdaderas definiciones claras y precisas de las cualidades que más se distinguen en cada especie. Ninguna cosa sorprende más que las *nomenclaturas* que aplican á los vegetales; ninguna manifiesta mejor la sagacidad de los indígenas, y aún en muchas circunstancias su espíritu observador.

Ellos, frente á frente con el gran libro abierto de la naturaleza, supieron descifrar más de uno de sus secretos, acertaron á leer no pocas de sus hermosas páginas. Los nombres que impusieron á las yerbas y á los árboles, lo demuestran claramente.

Con la palabra *Caá*, que significa yerba (concretándonos al Guaraní), unida á otra que designe propiedades especiales, componen los nombres de infinidad de plantas, todos admirablemente aplicados.

La voz *Ibirá* equivale á árbol; y al *Ruprechtia salicifolia* (cuya madera es amarga) le dicen *Ibiraró*, es decir, árbol amargo; y así muchos que podríamos apuntar.

Otro tanto sucede en cuanto la oportunidad de las denominaciones de las cosas inanimadas, como ríos, montañas, etc. *Yabebiry*, río de las rayas, por la abundancia de ese pescado; *Tacuary*, río de las cañas, por las muchas de sus orillas; *Ypané*, río estéril, porque no tiene pesca; y así de otras cosas, son claros ejemplos.

Entre los animales, ya mamíferos, ya volátiles, ya

(1) Tan múltiples son los idiomas y dialectos en algunas comarcas americanas, que en sólo las riberas del río Esmeralda hay el *Catarapeño*, el *Idzaminaré* y el *Maquiritano*, como principales, con otros derivados de ellos.

Por el Orinoco, además de la lengua *Mryca*; peculiar del Bogotá, se hablaban la *Betoya* y la *Girara*, matrices de la *Ayrici*, *Elé*, *Luculia*, *Lolaca*, *Atabuca* y otras varias.

De la lengua *Cariva* nacen la *Gayana*, la *Patencia*, la *Mapuy*, la *Cumanagata* y algunas más.

En la América del Sur, además del *Guaraní* y del *Tupi*, había el idioma *Chaná*, de los indios que habitaban las bocas del Guazú; había el *Chiriguano* y tantos otros.

Los dialectos y lenguajes de distintas porciones de la cordillera de los Andes son innumerables y muy extraños.

reptiles, también indica el nombre una cualidad que más se destaca en la especie. La palabra *Boi* significa lo mismo víbora que culebra (ofidio). Pues bien: á la víbora de cascabel la dicen *Boi-chiini*, como designando el ruido que hace con los cascabeles. Una culebra de un verde bellissimo (no creemos que está clasificada) la denominan *Boi-hobi*: *hobi* es color verde. A la que nosotros hemos dado en llamar víbora coral, la dicen ellos, más propiamente, *Boi-chumbe*, víbora de fajas, como que tiene los colores blanco, negro y encarnado, dispuestos en fajas ó anillos. Nosotros, diciendo coral, prescindimos de los demás matices de dicho reptil. El nombre indio es más expresivo de la cosa.

Pero si lo expuesto es digno de notarse por la sagacidad que demuestra en los indígenas, mucho más lo es en las clasificaciones, digámoslo así, que efectuaban con muchas agrupaciones de plantas.

Comprendiendo bien que muchos vegetales tienen cierto parentesco y caracteres fisonómicos marcados, por más que luego se distingan las especies por definidas cualidades, diéronlas los indios un nombre común (*genérico* podíamos decir) y añadian un epíteto para designar cada especie.

A todas las pasifloras las comprendían bajo el nombre de *Mburucuyá* (muy nasal), y distinguían las especies con los epítetos de *guazú*, *eté*, *satá*, etcétera.

Otro tanto sucedía con las especies de mandioca (*manihoc*), y las denominaban *Aipijcaborandi*, *Aipijmacachera*, *Aipijcumurú*, *Aipijurutayapoya*, etc., hasta once, como las apunta Vasconcellos y copian varios botánicos de dicho historiador.

Y agrupaciones hay así que son, como la anterior, verdaderos géneros científicos; y en algunas, si no son todas las especies del género, lo son de otros muy próximos; lo son de caracteres muy semejantes...

Por eso, cuando al estudiar muchas plantas subamericanas, hemos tropezado con estas y otras sutilezas de los indígenas, no hemos podido dejar de exclamar con el Sr. Velloso: «*Sao as ultimas reliquias de una sabidoria mais elevada é mais activa...*»

Ignoramos al presente, y quizá continúe ignorándose mucho tiempo, qué pueblo precedió á unas gentes que pasaban su vida errantes por las selvas y en el mayor embrutecimiento; pero aunque no conozcamos quien les legó tan bella herencia en un rico idioma, basta esto para revelarnos la existencia de otros hombres de talla intelectual más levantada: que sólo así pudieron haber perfeccionado su lengua.

Yo confío muy mucho en esa juventud americana que, libre de preocupaciones y henchida de amor á la ciencia, se alza pujante en todas las nacionalida-

des del mundo de Colon, y es fundada esperanza del engrandecimiento de aquellos incipientes Estados.

Esas generaciones son las llamadas á resolver infinidad de problemas, ahora oscuros, de las razas indígenas, á ilustrar muchos puntos prehistóricos que se ligan con diferentes ramos del saber humano. Ellas, no lo dudo, acometerán la empresa.

Son ellas las que han de impulsar más de un estudio de las ciencias antropológicas.

Ahora bien: los misioneros que, á fin de propagar el Evangelio, se dedicaron al cultivo de los idiomas que nos ocupan, prestaron un verdadero servicio á la civilización.

En sus *Gramáticas*, en sus *Diccionarios* es preciso beber la índole y construcción de los idiomas; y, aunque otra cosa se haya dicho, son varios los libros escritos á ese fin.

Pero es una verdad harto dolorosa que muchos de los nombres de esos beneméritos obreros yacen en el más punible olvido. En el número inmediato haremos una reseña de varios.

FÉLIX C. SOBROX.

DE PARIS Á PEKIN POR TIERRA.

LA SIBERIA Y LA MONGOLIA.

M. Víctor Meignan, que acaba de hacer el largo y curioso viaje que indica el epígrafe, no es un explorador que se lanza al descubrimiento de nuevos países, ni un coleccionador de plantas y minerales, ni un buscador de minas y explotaciones industriales; es un hombre de sociedad, joven, distinguido, instruido, que, en vez de ir á Niza ó á Mónaco, ha tenido el capricho de pasar el invierno en plena Siberia, atravesando en ferro-carril, en trineo, en tarantasa y en palanquin la Europa, la Rusia, la Siberia, la Mongolia y la China, hasta Pekin, y volviendo á Paris, pasando por el Japon y atravesando el Pacífico, la América del Norte y el Atlántico.

Al dar así la vuelta al mundo por una vía, si no ignorada; al ménos poco conocida, el autor no ha tenido solamente por objeto dar alimento á su gran espíritu de turista, sino que ha querido viajar observando y recogiendo gran cosecha de hechos interesantes.

M. Víctor Meignan acaba de publicar lo que llama modestamente sus notas de viajes, en las cuales resume las peripecias y las aventuras de su trayecto. De Paris se trasladó á Colonia, á Berlin, á San Petersburgo, á Moscow, á Nijni-Novgorod, en donde empezó el viaje en trineo. Al llegar á esta última ciudad, se puso cuatro pares de medias de lana, en

cima de las cuales añadió un quinto par de fieltro, se echó sobre los hombros tres pieles, ocultó su cabeza bajo un espeso gorro de astrakan, y se metió en un trineo forrado de pieles y cubierto por dos mantas de fieltro. Todo este abrigo es ligerísimo en la atmósfera de la Siberia, donde es frecuente ver el termómetro á 20 ó 30 grados bajo cero. El cochero se sentó sobre el pescante de madera del trineo, los caballos se lanzaron al galope, y arrastrándose con una rapidez vertiginosa sobre la superficie helada de los rios, ó sobre un suelo cubierto de nieve, permanecieron viajero y conductor muchos días en su estrecha prision ambulante.

M. Meignan vió á Kazan, última ciudad que, en el camino de la Siberia, conserva su aspecto europeo; penetró en las inmensas selvas heladas de Rusia, en el seno del país de los Votiaks, verdaderos niños de aquella parte del imperio slavo. Estos habitantes, casi salvajes, recorren sus selvas deslizándose sobre la nieve con extraordinaria destreza por medio de enormes patines, y de este modo atacan y cogen á los ciervos, á los osos y los lobos. «En 1774, dice M. Meignan, los Votiaks eran unos 55.000. Después de dicha época no se ha hecho ningun censo. Muchos de ellos se han convertido á la religion cristiana; pero el mayor número han permanecido idólatras, y practican todavía en nuestros días las ceremonias de su culto en las profundidades de sus bosques. Es uso en Rusia, cada vez que sube al trono un Emperador, hacer prestar á los Votiaks nuevo juramento de fidelidad: se extiende en el suelo una piel de oso; se coloca sobre ella un hacha, un cuchillo y un pedazo de pan; cada Votiak corta un pequeño trozo del pedazo de pan, y, antes de comérselo, recita la fórmula siguiente: «En el caso de que yo no permanezca toda mi vida fiel á mi Soberano, ó me insurreccionara contra él por mi propia voluntad y conocimiento; si llego á olvidar tributarle los honores que le son debidos, ó le ofendo de cualquier manera que sea, que un oso como este me descuartice en medio de los bosques. que este pedazo de pan me ahogue en el acto, que este cuchillo me dé la muerte y que este hacha me separe la cabeza del cuerpo.» No hay ejemplo, dice Gmelin, de que un Votiak haya violado su juramento, aunque se les haya inquietado y provocado á causa de su religion.»

Las selvas heladas de la Rusia ofrecen un aspecto singular, en que sobresale un carácter de desolacion muy marcado. «Los árboles, que no carecen de majestad, están inmóviles, y sólo de vez en cuando descuajan una de sus ramas como para desembarzarse de un peso de nieve bastante grande... La gran Rusia produce á la vez la impresion del mar y del desierto de Africa; es tan inmóvil como este último y tan poco hospitalaria como la mar.»

M. Meignan continúa su viaje; pasa los límites que separan Europa de Asia; recorre el Ekaterinemburgo, donde los industrioses habitantes explotan los minerales de hierro y las magníficas piedras del Ural; atraviesa la vasta estepa de Omsk, donde se ve detenido por ráfagas de nieve que amenazan sepultarle; más léjos recoge curiosos documentos referentes á los Kirghiz, poblaciones supersticiosas é ignorantes de que habla Pallas; contempla más allá de Omsk los más curiosos y admirables fenómenos meteorológicos, y la atmósfera llena de cristales de hielo que brillan al sol por medio de irrigaciones de luz y de arcos iris. El frío es tan intenso, que la nariz y la boca desaparecen bajo una espesa capa de hielo, y despues de un sueño dentro del trineo es preciso deshelar los párpados para poder abrir los ojos. Llega el viajero á Tomsk, ciudad industrial y lujosa; pasa por Krasnviarsk, donde los polacos desterrados han formado una colonia hospitalaria, enriquecida por la explotación de minas de oro, y donde se encuentran instalaciones tan elegantes y confortables como las mejores de Paris; recorre los bosques de pinos que se extienden entre Krasnviarsk é Irkoutsk, y visita en esta última ciudad la prision destinada á los presos políticos. «Encontráhanse, dice el autor, en la habitación destinada á los presos políticos unos quince hombres próximamente, casi todos jóvenes y fuertes, arrojados allí sin formación de causa y probablemente por mucho tiempo.»

Dejando á un lado este lamentable asunto, inevitable consecuencia del absolutismo, M. Meignan describe el verdadero fasto de los buscadores de oro de la Siberia oriental, y habla de los ricos monasterios de aquel país opulento. Despues prosigue su camino, atraviesa en trineo y no sin gran peligro la superficie helada del lago Baikal, donde admira un extraño espectáculo sin igual en el mundo. «En ningun punto de Siberia había encontrado, dice el viajero, un triunfo más completo del invierno que esta verdadera mar de hielo, y en ningun punto de este triste país había visto á la luz tomar tonos tan calientes.»

Despues de atravesar el lago, M. Meignan llega á la ciudad de Verchni-Oudinsk; en breve va á abandonar el trineo por la tarantasa, horrible coche que tiene por todo resorte cuatro troncos de árboles entre dos sistemas de ruedas. El viajero llega al territorio chino y penetra en Maïmatchin, donde recibe la visita del gobernador chino vestido de paño de oro y con un gorro en cuya parte más elevada se veía una bola azul adornada con dos enormes plumas de pavo real. «Maïmatchin es una ciudad quizá única en el mundo en el sentido de que sólo está poblada por hombres. No solamente, en efecto, las mujeres chinas no pueden salir de su

territorio, sino que les está prohibido franquear la gran muralla de Kalkann y entrar en Mongolia.»

En esta curiosa ciudad, M. Meignan tuvo ocasion de hacer una comida no ménos curiosa. «Tuve buen cuidado, dice, de no olvidar la invitacion que me había hecho el gobernador chino, y á la hora señalada me presenté en su casa. Nos sentamos en el estrado por grupos de tres ó cuatro alrededor de mesitas bajas, en las cuales había para cada convidado un plato muy pequeño, una taza microscópica y un par de palitos. El platillo no tiene por objeto recibir la porcion que cada cual ha de comer, sino solamente vinagre caliente y negro, sin cesar renovado por los sirvientes como salsa indispensable, en la cual se moja cada trozo despues de haberlo cogido directamente del plato comun con la ayuda de los dos palitos.»

Para continuar su viaje, M. Meignan tiene que entenderse con mercaderes de the que se encargan de hacerle atravesar la Mongolia y la China septentrional hasta la gran muralla. Este trayecto se recorre en pequeños carruajes chinos, especie de cofres en que se puede ir acostado y cuya trasera descansa sobre dos ruedas únicas, miéntras que la delantera va sostenida por un camello.

Los mongoles tienen prácticas religiosas singulares y ceremonias fúnebres horribles. «La práctica principal del culto consiste en hacer girar, como un caballo en una noria, un gran molino que contiene una cantidad enorme de oraciones escritas. Dar una vuelta al molino equivale, en concepto de estas pobres gentes, á recitar todas las oraciones que contiene. Estos molinos son muy numerosos y existen por todas partes...

«Es una gran desgracia, en concepto de los mongoles, morir en su tienda... Cuando un habitante del Ourga tiene una enfermedad incurable, cuando ya no se tiene esperanza de salvarle, se le lleva á la cámara llamada de los agonizantes, especie de pequeño edificio fúnebre, y una vez allí, en poder de los sacerdotes, ya no se piensa en aliviar sus dolores sino en procurar exclusivamente la salvacion de su alma. Yo entré en este abominable lugar; pero debo confesar que estuve en él tan poco tiempo, que no puedo hacer una descripción detallada. Seis ó siete hombres ó mujeres tendidos en el suelo sobre una alfombra especial agonizaban...»

Despues de la muerte se llevan el cadáver cubierto con un paño al aire libre á dos kilómetros de distancia de la ciudad, los parientes se retiran y el cuerpo queda abandonado á la voracidad de los perros y los cuervos.

Despues de abandonar el Ourga, M. Meignan entra con su caravana en las inmensidades del desierto de Gobi, triste viaje en medio de un vasto mar de arena; pero el trayecto termina con una aparicion

casi mágica, la de la muralla de China, detrás de la cual se ven las verdes praderas del Celeste Imperio. Es como una decoración que se ve detrás de un velo que se descorre. Desde allí, nada de campos helados ni de llanuras de arena, sino fértiles campiñas, ciudades populosas, habitaciones llenas de tesoros de arte maravillosos. Ya la fría Siberia y el desnudo desierto son sólo recuerdos ante los muros de Pekin que abre sus puertas al viajero.

GASTON TISSANDIER.

(La Nature.)

MENS AGITATA MOLEM.

I.

La galantería del señor director de la REVISTA EUROPEA nos coloca en situación á un tiempo gratísima y difícil: difícil, por la desproporción inmensa que existe entre nuestro pobre ingenio y el digno palenque donde ha de probar sus fuerzas; gratísima, por ser el primero que en sus páginas esboce la aspiración del presente.

No puede llegar este trabajo á exposición de doctrina: ha de limitarse á defensa justa de una verdad negada aún antes de conocida, y empleará las armas corteses, únicas permitidas en lides tales, sin duda por sólo azar olvidadas del Sr. Pulido.—Gracias dadas á su impugnación, gracias á la importancia deletérea que nos reconoce, y gracias sobre todo al epígrafe de su artículo, lema del nuestro. Entremos en materia.

II.

Un solo principio necesitamos sentar de pasada para afirmar nuestra bandera: El Espiritismo no ha sostenido nunca la existencia de seres *puramente espirituales*; lo que con el nombre de espíritus puros se designa, significa almas purificadas. Méenos aún puede presentar el Espiritismo visos de materialismo puro, como afirma el Dr. Pulido, porque, y esta es la afirmación que anunciábamos, da base á nuestra doctrina la creencia en la existencia del alma.

Dentro, pues, del campo espiritista no se prueba el alma, y para nada tocaríamos este debate si no creyéramos encontrar también al Dr. Pulido enfrente, cuando en mera filosofía le siguiéramos. Pero hoy todas las escuelas principales la admiten, aún la positivista, llámenla espíritu ó fuerza, y en la historia humana no hay un eclipse siquiera de su fe. Verdad tan universal, bien puede dispensarnos de sostenerla; los materialistas puros han sido siempre

tan ilustrados, que formaban exigua minoría entre los hombres y aún entre los pensadores.

El mismo Dr. Pulido admite la existencia del alma como *fuerza independiente*: refiere en su artículo tres hechos, por lo ménos, que así lo demuestran, y entre ellos el de la *hemorragia* producida por la vista de una sangría. Sabe perfectamente el doctor Pulido que las paredes de una vena ofrecen resistencia aún á la punta acerada de nuestros instrumentos; sabe que ningún fenómeno, ningún movimiento fisiológico puede asignarse como origen *en aquel instante* de aquella rotura vascular: preciso era una fuerza independiente, y el Dr. Pulido dice que la imaginación fué la causa, la imaginación, una de las facultades, una de las formas de acción, mejor dicho, de las facultades del alma.

Por esto, si la desdicha nos alcanza de que el señor Pulido no crea en la existencia del alma, conste que con ello no ataca al Espiritismo: ataca en todo caso á la filosofía racionalista entera. Pero reflexione un tanto en las mismas pruebas que de su doctrina expone.

III.

El Dr. Pulido encuentra el origen de los fenómenos nerviosos en la impresión exterior: no todos, sin embargo, «puesto que el recuerdo de una sensación puede producir idénticos efectos que la impresión misma.»

Ciertamente, la memoria sale un tanto del cuadro estrecho asignado en regla general á los fenómenos nerviosos por el Dr. Pulido, pero más importantes fenómenos que los producidos por el recuerdo nos muestra la vida.—Recuerde el señor Pulido, recuerden cuantos conocen la fisiología, los fenómenos nerviosos de la vida fetal, y sobre todo los producidos en el ejercicio de la vida vegetativa durante toda la existencia, y que de cierto no serán producto de impresiones exteriores para el Dr. Pulido si el yo se le presenta constituido exclusivamente por el organismo.

De igual suerte, aunque una dependencia nerviosa se inutilice, no siempre ni por completo desaparece la función que tenía en nuestro organismo designada.—El Sr. Pulido conoce sin duda la historia clínica de la ciega de Sevilla, que sin globos oculares *veía*; el Dr. Pulido sabe que los *departamentos* nerviosos llegan á sustituirse, y en esto se funda la curación paulatina de muchas apoplejías; y todos estos hechos, difíciles de explicar con su doctrina, son sencillos y claros para quien, como nosotros, sólo considera esos centros nerviosos instrumento de más elevado artifice: no parece el carpintero porque se melle su garlopa; á lo sumo, hará peor su oficio ó tendrá que sustituirla.

Inquiétanos también, por el Dr. Pulido, la duda de

cuál explicación podrá darnos á la unidad y persistencia de las voliciones humanas.—Si en una célula central se resume cada diverso campo de acción de nuestro sistema nervioso, confesamos ingenuamente ignorar el lazo de unión, la relación de dependencia entre las distintas, entre las contrarias células centrales que nuestro cerebro encierra.—¿Cuándo y por qué se somete la célula central de la visión á la del tacto, la sencilla á la pensante, la volitiva á la sensitiva, ó viceversa? ¿Qué ley las domina á todas y las hace así obedecer á un fin preconcebido? ¿Quién señaló ese fin á la existencia humana?

Además, ¿son permanentes todas esas células centros que el Sr. Pulido describe? ¿Cómo se sustituyen? ¿Quién las discierne su derecho de soberanía sobre las restantes, quién se le discierne entre las hijas de una célula centro cuando le llegue el momento de renovación imprescindible?

¿Quién, ó cómo, por otra parte, conserva la herencia de sensaciones, la memoria especial de cada centro nervioso? ¿Es posible una armonía sin batuta, una historia sin historiador? Si todo el organismo se renueva algunos centenares de veces durante una vida medianamente larga, ¿es lógico colocar en el organismo solo la fuerza constante que nos anima?

El Dr. Pulido se siente, se sabe y se quiere el mismo hoy que hace veinte años; y sin embargo, sabe también que ni una sola célula, ni una sola molécula orgánica de las que constituían su cuerpo veinte años hace, persiste en su dependencia, ¿Quién es entonces el Dr. Pulido? ¿Por qué conserva un nombre que ya hace lustros no le pertenece?

Pero *sin voluntad* nuestra se extiende demasiado nuestra contestación.—Dejemos terminados estos preliminares aclaratorios, y entraremos desde el próximo párrafo en el fondo de la cuestión debatida.

IV.

Tampoco á nosotros nos impulsa el ciego apasionamiento de escuela; y cuenta, que no nos sería en último extremo imputable tal exceso á los que vivimos inspirados de *polichinesca* imaginación. Ese epíteto y el de *impermanentes* (?) que el Dr. Pulido nos dedica (§ XII), no nos hieren, pero, aún heridos, continuaríamos en nuestra tranquila refutación: mostremos que á lo ménos estos locos son razonables.

Por de pronto, sentimos que el Dr. Pulido desconozca lo teoría magnética: va á sernos difícil exponerla tan brevemente como el lugar lo exige, y así solamente á título de recuerdo presentaremos algunas de sus afirmaciones.

Sabe el Sr. Pulido que los antiguos flúidos imponderables son únicamente formas del movimiento de la materia: luz, calor, electricidad y od, solos ó

combinados, producen cuantos fenómenos la vida del universo muestra. De intento he suprimido en la enumeración al magnetismo, porque cada imán es una corriente eléctrica, y cada animal una pila.

Por esto hoy el hipnotismo, que sin duda no practica el Dr. Pulido á pesar de sus ventajas, y el magnetismo animal, se estudian como efectos idénticos de idéntica causa, esto es, de una corriente eléctrica, débil y constante, de una determinada cantidad de movimiento.

Pero el frío, la ausencia de calor, produce, del mismo modo que la electricidad, la catalepsia, y la produce á veces la música, y á veces un golpe en el cerebro ó una violenta conmoción moral. Brutal como un hecho, pero hecho al fin, el magnetismo ha perdido su rango entre las ciencias ocultas para convertirse en un sencillo, aunque oscuro todavía fenómeno fisiológico.

Obsérvese que la razón asignada por el doctor Pulido á los fenómenos braídicos reposa en la afirmación de que «para obtener la insensibilidad del cuerpo, basta suspender el ejercicio del pensamiento, aislando los órganos de los sentidos de los agentes exteriores capaces de impresionarles,» cuando precisamente son *agentes exteriores* (sonido, luz, electricidad) los que, impresionando los sentidos, producen la catalepsia.

Más sencillo sería decir que basta disminuir el gasto de electricidad nerviosa hasta producir la congestión; pero aún así no resultaría la definición exacta. Un golpe, el choque por retroceso de una centella no disminuyen el gasto nervioso; si acaso le varían es aumentándole, porque no es la diferencia en el consumo lo que caracteriza la congestión braídica, sino el aumento en la producción ó la asimilación de movimientos exteriores, de fuerza viva, cuya forma se adapte á la constitución del sujeto y al tiempo.

El magnetismo y el hipnotismo son únicamente grandes por esa asimilación que demuestran.

V.

Y llegamos al nudo de la cuestión.

¿Qué es el Espiritismo? ¿Puede nunca esta escuela haber defendido la existencia de *espiritus insustanciales*, como el Dr. Pulido afirma? ¿Puede presentar hoy visos de materialismo puro? (§ XIX.)

Contestemos á estas tres preguntas en orden inverso á su importancia.

No; no puede ser tachada de materialista la escuela que, aceptando la existencia y dignidad propias de la materia eterna y perfecta, es cierto, defiende y estudia, al mismo tiempo, la vida y los destinos del espíritu, coeterno y coperfecto en su orden.

No; no ha podido nunca el Espiritismo sostener

la existencia de espíritus *insustanciales*, porque sustancia espiritual habían de tener si eran espíritus. Tal vez haya querido decir el Sr. Pulido espíritus *inmateriales*; y aquí nos es necesaria una ligera aclaración: el espíritu, como tal, esencialmente distinto de la materia, es inmaterial; pero un espíritu, un alma, no sería individual, no sería una diferente de todas las demás, sin la materia que las distingue.

Pero ¿qué es el Espiritismo? ¿Es una secta, una iniciación, una ciencia?... No; es una aspiración.

Hasta el día no ha inventado una sola de las verdades en que se apoya; ha tomado sus principios de la ciencia actual contemporánea, y se limita á pretender armonizarlos todos en un sistema común: es la aspiración á la Ciencia Única. Por esto confiesa el Dr. Pulido que es *admirable* nuestro *criterio*, nuestra *lógica inflexible* mientras la discusión filosófica de la doctrina y en tanto que no llegamos á la reincarnación, al progreso indefinido de las almas ó á las relaciones entre sér y sér, cosas que no placen al Dr. Pulido. Por él lo sentimos: para nosotros es ventura inmensa la monomanía, el misticismo de escuela, que nos permite esperar después de la muerte algún resultado de nuestros esfuerzos durante la vida, alguna compensación de nuestros dolores, la permanencia de nuestros más dulces afectos. No extrañará que nos apoyemos en Santa Teresa de Jesús, porque también la motejan de loca los materialistas: «Desdichado el que no sabe amar», decía; y para nosotros sería vivir sin amor, vivir sin esperanza de persistencia en nuestros amores.

VI.

La aspiración á la Ciencia Única, que constituye el Espiritismo, puede condensarse en pocas líneas.

Es *posible*, porque la Verdad es una en absoluto, y para una Verdad basta un sistema.

Es *conveniente*, porque la humanidad es también una, y mejor alcanzará la Verdad por un camino que por muchos ó por ninguno.

Es tiempo de intentarla, porque las ciencias particulares han realizado ya sus sistemas internos, y las escuelas filosóficas conocidas son impotentes para armonizar sus tendencias.

No rechazamos *ninguna* doctrina, si se nos prueba; ninguna teoría, si se nos demuestra; ningún criterio de razón; ningún hecho por absurdo, ninguna causa por ignorada. Sabemos que no sabemos nada aún, pero esperamos saber, y hasta entonces estudiamos.

Por de pronto, de esa armonía, de esa relación que procuramos establecer como andamiaje previo entre las afirmaciones de los diversos ramos de la ciencia humana, hemos llegado á extender nuestra esperanza á innumerables mundos, escenarios todos

de la razón y de la vida (C. Flammarion); hemos extendido la individualidad de un sér á varias diferentes vidas planetarias (A. Pezzani); conocemos algo de lo que es la materia con Büchner, algo de lo que es el Espíritu con Krause, algo de Dios con Spinoza, algo del hombre con Klee y Darwin. Si estamos locos, no nos negará el Dr. Pulido la buena compañía.

Locura además, aunque contagiosa, no muy dañina. Manú, Cristina, Sócrates, Jesús, Juana de Arco, Swedemborg, Reynaud y tantos otros, entendemos que no pecaron de egoístas, aunque pretendieron nuestro ideal. Déjesenos sondear lo desconocido como Crookes, ó predicar la solidaridad universal como Kardec, que con esto nos damos por satisfechos; y si de algo pueden servir más tarde nuestros empeños, para entonces la gloria ó la diatriba.

DR. HUELDES TEMPRADO.

Abril 1876.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Real Academia de Medicina.

MADRID 18 MAYO.

El Sr. Diaz Benito, como ponente de la comisión de efemérides, leyó un informe acerca de las enfermedades y constitución médica reinantes en los meses de Diciembre, Enero y Febrero, llamando la atención sobre la gran mortalidad habida en dichos meses, cuya causa no es fácil encontrar.

—El Sr. Cortejarena hizo algunas observaciones sobre las fiebres puerperales y otras afecciones de esta índole, que á su juicio, y según lo que prácticamente había tenido ocasión de observar, se habían presentado en menor número que en años anteriores en el tiempo de que se trata. Dijo que el informe á que se refería carecía de datos sobre las lesiones quirúrgicas.

—El Dr. Calvo Martín empezó á ocuparse del caso clínico referido en sesiones anteriores. Señaló la importancia del estudio de los tumores malignos é hizo una rápida excursión á las pasadas edades para deducir lo poco que entonces se sabía de estas afecciones. Después se hizo cargo de las clasificaciones que en la época presente hacen las distintas escuelas, y en este punto tuvo que suspender su discurso por lo avanzado de la hora.

Academia Médico-quirúrgica.

MADRID 19 MAYO.

El Sr. Cortezo hizo el resumen de la discusión sobre el crup. Después de estudiar las ideas vertidas por los diferentes autores y por los académicos

que han tomado parte en este debate, se adhirió á las teorías alemanas, señalando las diferencias que existen entre la laringitis crupal, el crup propiamente dicho, y la difteritis, y pasó al tratamiento, analizando todos los que para esta enfermedad se han recomendado, explicando la acción ó manera de obrar de algunos medicamentos, y declarándose partidario de la traqueotomía, siempre que se hallase el enfermo en condiciones para practicarla.

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

EL ESPÍRITU DE DESTRUCCION.—LOS INSTRUMENTOS MUSICALES.—LA GRAN MARCHA DE WAGNER.—LOS CUADROS FRANCESES.—PARIS EN MINIATURA.—EL ÓRGANO ELÉCTRICO.

Como en España solemos ser injustos con nosotros mismos, hasta el punto de atribuir á nuestro público exclusivamente un cierto instinto de destrucción que se revela en el poco cuidado de las bellezas artísticas ó en los desperfectos de las obras de ornato, bueno es que se sepa que en todas partes cuecen habas, y que apenas abierta la Exposición de Filadelfia empiezan á quejarse los corresponsales de los muchos daños que se han causado ya, por cierta clase del público americano, á los objetos expuestos, especialmente en los cuadros, daños que será difícil reparar. Los comisionados extranjeros se han quejado de semejantes actos, impropios de un pueblo medio civilizado, y la sección austriaca ha tenido que cerrar sus puertas y poner guardia para impedir tales atentados.

—En el *Memorial Hall* se ha establecido una enorme caja de hierro, destinada á guardar objetos que sirvan de recuerdo de esta Exposición. La caja se cerrará á fines de este año y se abrirá dentro de un siglo. En la tapa tiene los retratos de Washington, Lincoln y Grant. Tan precioso depósito será custodiado en el capitolio de Washington.

—El departamento de instrumentos musicales de los Estados-Unidos no está completo todavía, pero se encuentra siempre muy concurrido, porque llaman extraordinariamente la atención unos nuevos pianos de Decker, hermanos, que tienen en su mecanismo una combinación bastante complicada y producen efectos sonoros verdaderamente notables. También llaman la atención los instrumentos de Stenway é hijos, de Arion, de Knabe, de Weber y de Chickering.

—Thomas sigue dando sus conciertos con brillante éxito. La gran marcha hecha por Wagner para el Centenario es difícil de comprender en varias audiciones, pero no abunda en los ruidos y discordancias de que los adversarios de la música del porvenir acusan á otras obras del gran pontífice

musical alemán. La nueva composición, lejos de carecer de melodías, como dicen algunos, tiene una clara y bien expresada que sirve como de tema á la obra, que domina en toda ella y que va variando de tal modo que al final apenas es conocida; tal es el cúmulo de diseños y de combinaciones orquestales de que la va revistiendo para darle novedad sin variar el motivo principal.

—La parte francesa de la Exposición de pinturas se distingue por dos cuadros de gran mérito: la Declaración de la independencia americana, por Dumarescq, que presenta un hermoso conjunto; y la *Respha*, de Becker, en que se ve á una amorosa madre que defiende los cuatro cadáveres de sus hijos ahorcados contra las aves de rapiña que amenazan devorarlos. Es una pintura que conmueve, pero que infunde terror á la vez.

—Cerca del *Centennial Lake* se exhibe un objeto muy curioso: la ciudad de París en miniatura, construida con pedazos de madera artísticamente trabajados, representando edificios, puentes, etc.

—Una nueva aplicación de la electricidad está llamando diariamente la atención: un órgano que se toca por medio de un aparato eléctrico, imitando todos los instrumentos de viento de una banda militar. Es del tamaño de un órgano común, y le manejan dos personas, una que dirige el aire, no por fuelle, sino por medio de una bomba, y otra que cuida de una plancha con multitud de agujeros, la cual resbala sobre un cilindro lleno de clavitos que al pasar por los agujeros mueven los alambres adheridos á las teclas.

MISCELÁNEA.

El abuso del tabaco.

El doctor Cordier ha publicado un estudio sobre las afecciones nerviosas que produce el abuso del tabaco, afecciones que son mucho más frecuentes de lo que generalmente se cree.

Un gran número de casos observados por M. Cordier presentaba, principalmente, síntomas de afecciones tales como los vértigos, la cefalalgia, la dispepsia, la gastralgia, las palpitaciones del corazón, la ambliopía y la anafrodisia: en otros casos, ha encontrado hasta una emiplegia transitoria y formas vertiginosas, en las cuales el paciente mostraba una verdadera agorafobia, es decir, la imposibilidad de atravesar anchos espacios sin puntos intermedios. También caen los enfermos en una intensa melancolía; y se sabe que el célebre Beau consideraba el abuso del tabaco como una de las causas de la angina de pecho, y en fin, otros prácticos le han hecho representar un importante papel en la etiología de la ataxia locomotriz y la parálisis general. Lo que más sorprende en todos estos casos es la rapidez con que comienza la curación tan pronto desaparece la causa tóxica, lo que permite

ó inclina á considerar todos los síntomas como simples perturbaciones de la inervacion.

Prescribir el tratamiento en estas formas de intoxicacion, es cosa fácil sin duda, pero seguirlo es muy difícil. No sin penosos sufrimientos pueden renunciar los enfermos á una larga y agradable costumbre: si bien es verdad que algunos logran su propósito, estos son los ménos, puesto que la mayor parte sufre durante algunos dias y hasta semanas de inútiles esfuerzos una necesidad indefinible acompañada de una profunda tristeza. A otros suele vérselos atacados de somnolencia, ú otras veces de insaciable bulimia.

Casos excepcionales hacen el sacrificio imposible, pues el enfermo cae en la postracion y hasta en el delirio, pareciendo que el cerebro tenga una necesidad absoluta de aquel excitante, que, por decirlo así, se ha vuelto fisiológico. Entónces es preciso no proibir el uso del tabaco sino paulatinamente; y fundado en la realidad de estos hechos, el autor concluye su trabajo suponiendo que al principio de una enfermedad aguda, tratándose de fumadores viciosos, la súbita privacion del tabaco puede modificar la marcha y los síntomas.

Union del mar Caspio con el Negro.

No hay duda de que en el presente siglo se han construido sorprendentes obras hidráulicas, tales como el desgüe de grandes brazos de mar en Holanda, el canal de Suez y las ejecutadas en las bocas del rio Mississippi para darle mayor profundidad. Parece, sin embargo, que no contento el ingenio humano con las obras hasta ahora realizadas, se propone emprender otras más gigantescas.

Mr. H. F. Spalding, de Blomfield, Estado de Nueva Jersey, ha concebido el proyecto de unir las aguas del mar Negro con las del Caspio, con objeto de dar á este último su primitivo tamaño, y de convertir los inmensos desiertos del Asia central en una vía para el comercio. Se cree que las aguas de este antiguo mar se hallan hoy á un nivel más bajo que las del resto del Océano, y que en el trascurso de los siglos, el Urat, el Volga y otros pequeños rios que desaguan en él, han depositado fango en su lecho, secándolo y esterilizando los terrenos adyacentes, no sólo por falta de irrigacion, sino también por la carencia de lluvias, consecuencia natural de la falta de evaporacion.

El Sr. Spalding se propone dar al mar Caspio el volumen de agua, la profundidad y extension que ántes tenia, uniéndole con el mar Negro por medio de un canal de 150 millas de longitud y 170 yardas, poco más ó ménos, de latitud en su extremidad oriental, porque en la occidental será dos terceras partes más angosto. Cree que, al cabo de cuarenta años después de haber dado principio á la obra, el nivel de esos dos mares será tan uniforme, que podrá navegarse sin dificultad alguna por el nuevo canal. Se propone también unir el Don con el Volga, para hacer igualmente tributario del canal al mar Azof.

La excavacion del proyectado canal no presenta grandes dificultades; y como el gobierno de Rusia ha fijado su atencion en esta obra, se propone consultar la opinion de hombres científicos competentes sobre su practicabilidad. —

Nuevos féretros.

Para salvar de los peligros que corre la salud pública con las emanaciones pútridas que se desprenden de los cementerios por el sistema generalmente adoptado de sepultar los cadáveres en la tierra, M. Graty acaba de someter á la prefectura del Sena el proyecto de reemplazar los ataúdes por féretros contruidos con *cemento*, indestructibles á la accion é inclemencia de las estaciones.

A la ventaja de evitar toda emanacion pútrida, reune la de construirse con suma rapidez, con las dimensiones y forma que se quiera, y su poco peso, comparado con las cajas de plomo y hierro, lo que permite trasportar fácilmente los cadáveres.

Se fabrican de varios modos; pero el más sencillo consiste en hacer una armazon con listones de madera sola, ó combinada con alambres, á manera de un cesto, rellendo los huecos que quedan con el *cemento* ó cal hidráulica hasta que queden bien cerrados y tupidos los huecos, pudiéndose bruñir y darle de espesor hasta dos centímetros. En este mortero hidráulico, que tiene la propiedad de endurecerse pronto, y casi á la par que se opera con él, se pueden colocar epitafios, y los adornos que se quieran.

Podemos asegurar de una manera general que, en las primeras semanas después de la muerte, los fenómenos pútridos que se efectúan en el cadáver son peligrosísimos para la salud y la vida, y lo son tanto más, cuanto más elevada se halle la temperatura de la atmósfera, si la naturaleza de la organizacion del difunto se presta más á la descomposicion pútrida y gaseosa, y la de aquellos que han fallecido de fiebre puerperal, tifoidea, viruela, vómito negro y por el rayo, etc., estados todos en que la putrefaccion sigue inmediatamente á la muerte; de manera que el peligro que se corre no es tanto por las emanaciones que se desprenden de las fosas comunes, como el que se experimenta por los efluvios que se desprenden en los primeros dias después del fallecimiento. En una palabra; el daño está en la putrefaccion gaseosa y descomposicion pútrida propiamente dicha, y á la que hay que acudir cuidadosamente con los medios preventivos.

En tal concepto, los féretros de cemento, pueden utilizarse en las estaciones de calor, y con particularidad en tiempo de epidemia, pues muchas veces se ha notado el mal olor que han despedido los cadáveres en su tránsito, á pesar de las precauciones recomendadas de colocarlos en un lecho compuesto de serrin de madera con ácido fénico.

Noticias.

Acaba de publicarse en Barcelona la cuarta y última serie de los *Cuentos de Boccacio*, conocidos con el titulo de *El Decameron*. Es la primera vez que se traducen al castellano, y su editor el señor Llordachs presta un gran servicio á los amantes de la amena literatura.

—En las cercanías de Mysora, á una jornada de Madrás (India inglesa), se acaban de descubrir placeres de oro extraordinariamente ricos que se extienden en un espacio de seis á ocho mil hectáreas.